This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BR
1026
.C34

A 818,303

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

BIBLIOTECA DE **LA DEMOCRACIA.**

CARTAS Á UN OBISPO

SOBRE

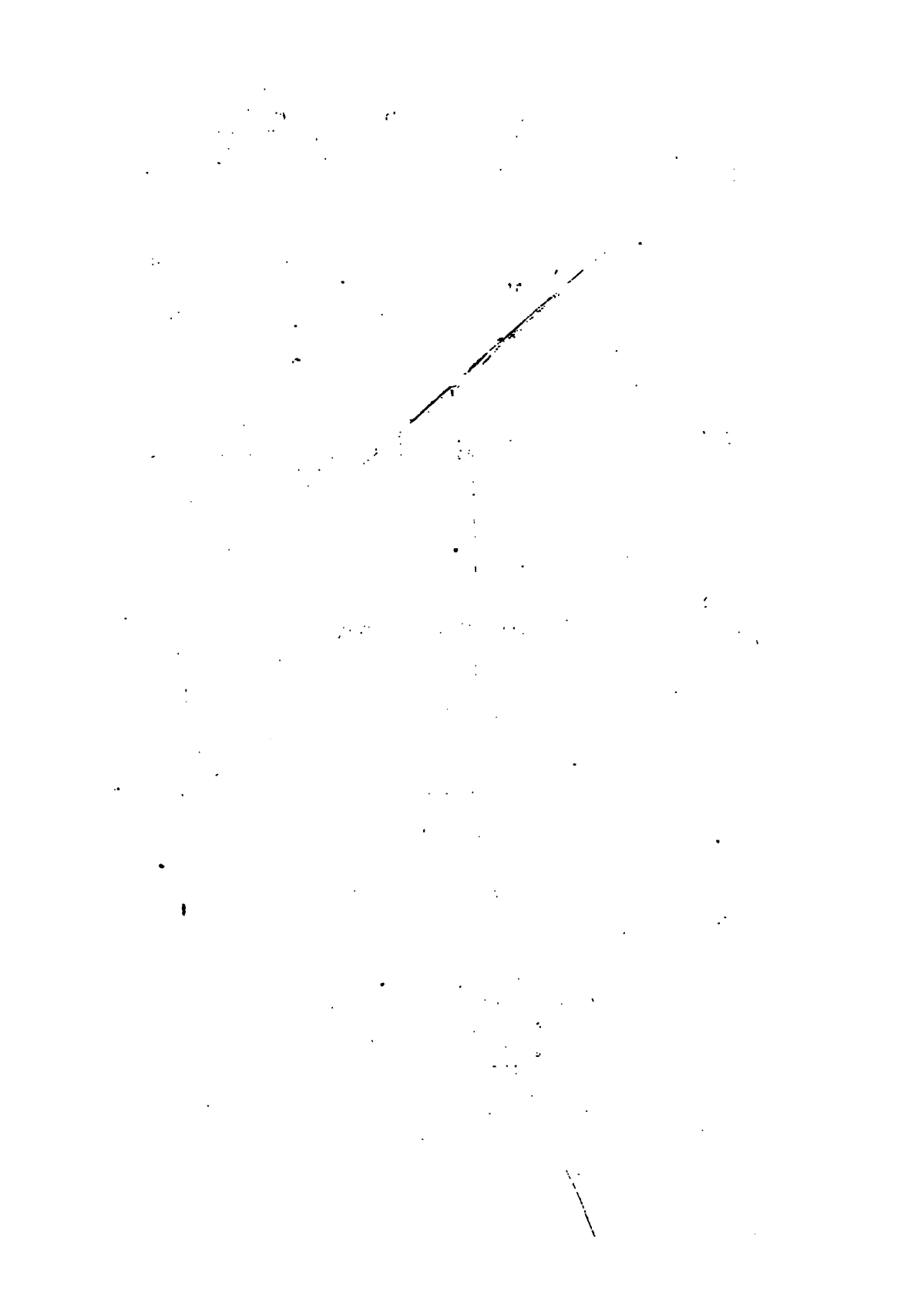
LA LIBERTAD DE LA IGLESIA

POR

D. EMILIO CASTELAR.

MADRID:
IMPRENTA DE **LA DEMOCRACIA**. Á CARGO DE A. GALDÓ,
Calle del Ajdado, núm. 1, principal.

1864.



CARTAS Á UN OBISPO

SOBRE

LA LIBERTAD DE LA IGLESIA.

CARTAS A UN OBISPO

SOBRE

LA LIBERTAD DE LA IGLESIA,

POR

D. EMILIO CASTELAR.

MADRID:
IMPRENTA DE **LA DEMOCRACIA**, Á CARGO DE A. GALDÓ,
Calle del Soldado, núm. 1, principal.

1864.

13-405286

CARTA PRIMERA.

Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Tarazona:

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Audacia es en verdad dirigirse á un señor obispo tan ilustrado como V. E. sobre una materia tan árdua como la libertad de la Iglesia. Pero deseoso de tratar este grave asunto, creo que su nombre me servirá de escudo contra los escrúpulos del señor ministro de la Gobernacion, y de su teniente el señor fiscal de imprenta. Hablemos de problemas sociales gravísimos; y esta será la mejor manera de levantar la prensa del cieno de los insultos al cielo de las ideas. Además, la ocasion me parece oportuna. V. E., en una carta dirigida á la reina, se ha dignado nombrar nuestro periódico aunque para vituperarlo. V. E., con motivo de la publicacion del *Almanaque democrático*, blanco de tantas iras, ha pedido reiteradamente al poder civil, al Estado, su brazo para defender la idea religiosa, que cree vulnerada. No será desacato en mí hablarle; no será en V. E. humillacion oirme. Manifiesto ante todo mi respeto á un obispo, á un anciano. Lo único que en cambio le pido, es que reconozca mi buena fé. Podré no haber encontrado la verdad; pero la he buscado con ánimo recto y pedido á Dios su auxilio. Podré engañarme, que no lo creo, pero me engaño en conciencia. No voy á tratar ninguna cuestion dogmática, voy á tratar de una cuestion libre; de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. ¿Seremos en esta cuestion mas papistas que el Papa? ¿No toleraremos que se repita ni siquiera lo que se ha dicho en el Congreso de Malinas á favor de

la libertad de la Iglesia? Allí, en presencia de ilustres obispos, rodeado de doctores católicos, con aplauso universal, ha podido repetir el conde de Montalambert, las palabras de un Papa nunca sospechoso á los jesuitas y á los neo-católicos, como lo fué un dia Pío IX, las palabras de Gregorio XVI que decia: «solamente lo puedo todo en el país en que nada puedo, en los Estados-Unidos.» Organicemos de aquella suerte las relaciones entre la Iglesia y el Estado; y el Estado será libre y libre la Iglesia; y no se verá un obispo en la dura necesidad de dirigirse á un ministro de la Gobernacion, pidiéndole que prohiba una obra, ni un ministro de la Gobernacion, en la dura necesidad de desairar á un obispo. El uno regirá con sus medios á los ciudadanos; el otro á los fieles; y uno y otro vivirán independientes, sin mezclarse el Estado en el ministerio de la Iglesia, puramente espiritual, ni la Iglesia en el ministerio del Estado, que debe limitarse á darle condiciones de derecho.

Yo bien sé que V. E. sentirá una especie de frio mortal, viendo que soy osado á proponerle una solucion democrática. En Dios y en mi alma le digo que no hay para qué asustarse. La democracia no es una religion; es una política. Hay en Suiza cantones católicos; hay millones de católicos en los Estados-Unidos. V. E. puede espantarse de la democracia porque no la conoce. Y no la conoce, por culpa de esa prensa neo-católica que de todo tiene menos de espíritu religioso, y que desfigura la verdad. Rechácela V. E. No es religiosa la calumnia; no es religiosa la mala fé; no es religioso ese encono contra las nuevas ideas; no es religioso ese ódio á nuestros enemigos, cuando Cristo nos dijo: «amar á los que nos aman lo hacen tambien los paganos; amad á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y os calumnian; sed perfectos como nuestro padre que está en los cielos.» La prensa neo-católica es el mayor enemigo que la religion tiene en nuestra patria. Yo de mí sé decir, que, si alguna vez hubiera sido capaz de caer en el ateismo, cayera al ver la religion convertida por esa prensa sacrílega en una argolla y Dios en un verdugo. Yo de mí sé decir, que, como ciudadano, cumplo un deber y uso de un derecho doliéndome á V. E., porque cuando cita, cita esos periódicos; y cuando habla, habla por su boca; y cuando se levanta contra profesores de la ciencia, se levanta arrojándoles á la cara sus testos truncados, y cubre con su manto, de buena fé sin duda, una conjuracion perpétua contra nuestras leyes, contra las instituciones que triunfaron en la guerra civil, contra el espíritu y la vida de nuestro siglo.

Yo bien sé que V. E. se vá con los neo-católicos porque tiene preocupaciones invencibles contra las nuevas ideas. Hay dos argumentos que se usan con uniformidad fatal. Contra la filosofía moderna Voltaire; contra la política moderna las matanzas de la revolucion. Pero V. E., alzando un poco la vista, comprenderá que la burla de Voltaire como las matanzas de la revolucion, son dos accidentes en la historia de la idea liberal. Una nueva sociedad surgía del seno del siglo décimo octavo, y surgía porque Dios no toleraba que el mundo fuese la córte ó la mancebía de reyes como Luis XV, de reinas como María Luisa. Y siempre que una nueva sociedad nace ¡ay! nace en oposicion radical á la antigua. El espíritu griego nació del Oriente, y se estendió negando al Oriente. Las ruinas de Troya son esa inmensa negacion histórica. El cristianismo se opuso á la Sinagoga; nació maldecido por los sacerdotes de la antiguedad por los fariseos. La Iglesia rompió el seno de su madre, como el ave para volar rompe el huevo que la contiene. El Renacimiento nació de la Edad Media, y llamó bárbara á la Edad Media. Y Miguel Angel, y Rafael, y el mismo Papa Leon X, y Bembo, y Sadoleto, no vieron en el arte gótico mas que el padron de la barbárie de las artes, mientras se estasiaban delante de las estátuas de los dioses, en que los primeros padres de la Iglesia solo habian visto la histérica risa del diablo. Pues bien, Señor, lo mismo sucedió, exactamente lo mismo, á la idea liberal moderna. Un hombre, que como escritor no valia lo que valia Rousseau, ni como filósofo valia lo que Descartes, ni como poeta lo que valia Racine; pero que los superaba á todos por su intencion política y su espíritu crítico, pretendió destruir una forma social, y la destruyó con aquella carcajada, especie de terremoto que desgajó los cimientos de las antiguas monarquías destrozadas sobre su sepulcro.

Pero génios de este linaje son raros, y solo aparecen cuando tienen el destino de destruir una sociedad, para que abra paso á otra mas progresiva. Las carcajadas de estos hombres son como el ruido de la tempestad que viene á purificar la atmósfera moral. Sus gracias son ciegas como el rayo, que ora cae sobre la encina, abrigo de las aves del cielo, ora sobre las cúpulas de las iglesias. Lo cierto es que cuando ha sido necesario destruir una forma social, se ha levantado uno de esos hombres: Aristófanes al concluirse Grecia; Luciano al concluirse Roma; Bocaccio al concluirse la primer mitad, la mitad teócrática de los siglos medios; Cervantes al concluirse los tiempos caballeres-

cos; Voltaire al concluírse la sociedad de nuestros padres. Su ministerio fué mas político que religioso. Necesitaba negar una sociedad, y lo negó todo, religion y política. Pero ni sus negaciones, ni sus dudas, llegaron á matar el sentimiento de lo infinito, eterna raiz de la idea religiosa.

Lo que mas ha dañado al espíritu religioso es, indudablemente, la escuela neo-católica. Esa escuela no trató de restaurar lo que hay de inmortal en religion, no; trató de restaurar al calor de la idea religiosa, lo que hay de transitorio en política; trató de restaurar el castillo feudal, el siervo pegado al terruño, el privilegio devorado por la igualdad, los códigos monstruosos de la Edad Media el poder político de los papas roto por cuatro siglos de revoluciones; los cadáveres todos, que restos de una sociedad náufraga, iban fluctuando en el tempestuoso mar de nuestras revoluciones, y que parecian grandes, porque estaban hinchados. Y no sé en virtud de qué maleficios trastornó esa escuela el espíritu evangélico. Ella desfiguró la historia y la persona de Cristo. Tan cierto es lo que digo, tan cierto, que, si el Salvador hubiera venido de nuevo á exaltar á los oprimidos, á maldecir á los opresores, los fariseos, que hoy invocan hipócritamente su nombre, por socialista, por demócrata, lo crucificáran de nuevo en aquel calvario, que socialmente considerado, es la redencion del esclavo. Esta escuela llegó á la negacion del progreso en historia, á la negacion de la conciencia en moral, á la negacion del derecho en política, á la negacion del arte clásico en estética, y consagró todas estas negaciones como una grande hecatombe en los altares del cristianismo. Despues hemos visto aun mayores escándalos; hemos visto estas ideas bajar de la ciencia á la política, entrar con estrépito en las redacciones de los periódicos, tremolar banderas en los colegios electorales, querer convertir la Iglesia en una enorme barricada contra la libertad, perseguir la enseñanza, formar con los restos de los realistas dispersos y de los doctrinarios arrepentidos, especie de diablos metidos á predicadores, que hartos de carne predican el ayuno, formar con estos resíduos un partido nuevo, que parece conjurado para herir la libertad, y que, en realidad, hiere la religion.

Sus predicaciones tienden á destruir la base de toda moral, de toda ciencia. Predicando contra la razon humana, han predicado el escepticismo en filosofía, el probabilismo, cuando mas, ese escepticismo disfrazado. «La razon y lo absurdo, han

dicho, se aman con amor invencible.» ¡Tremenda palabra que lleva encerrada en su seno el gérmen de todos los errores! Condenar la razon á perpétuo matrimonio con lo absurdo, equivale á suprimirla. Y desde el momento en que se suprime la razon, el Universo se oscurece, la fé se nubla, la idea de Dios se apaga en un mar de tinieblas, y todas las pasiones se apoderan del hombre, convertido en un sér inferior á las bestias, porque por sus instintos ciegos, menos vale que las bestias. ¿No hay razon? Pues no hay verdad humana. ¿No hay verdad? Pues no hay conocimiento posible del bien y del mal. ¿No hay conocimiento posible del bien y del mal? Pues ignoro si el asesinato, si el robo son ó no meritorios. Mi razon me dice que son reprobables; mi conciencia me grita contra ellos. Pero, ¿qué importa? Entre mi razon y lo absurdo ha puesto Dios un parentesco estrechísimo. Dadas estas ideas no hay mas remedio que indignarse contra Dios. Podríamos decirle, si las ideas neo-católicas fueran ciertas: «Dios engañador, me exiges la responsabilidad de mis acciones, me condenas si yerro, me castigas si peco, y luego me arrojas al mundo sin criterio para distinguir la verdad del error, el bien del mal.» Este Dios de los neo-católicos se parece á Calígula, que escribia las leyes, las promulgaba, y las ponia muy altas, donde no pudieran los ciudadanos leerlas, á fin de que, desconociéndolas, las infringieran, é infringiéndolas, atrajesen sobre su frente el castigo, y el mal en que se gozaba aquel estúpido tirano. Yno me hableis de religion. ¿Cómo podré yo prestar el *rationale obsequium* de que habla San Pablo, si mi razon es engañosa? Si mi razon me engaña en lo material, en lo contingente; si no puedo andar con ella por el mundo de las relaciones, ¿cómo podré volar por el cielo de las eternas armonías? Y no hay decir que el sentimiento es superior á la razon, el sentimiento sin la razon es un cielo sin luz. En el fondo de esa doctrina neo-católica, Señor, está la inmoralidad para la vida, la duda para la ciencia, el ateismo para las almas.

Solo así me esplico yo, la inmensa impotencia unida al inmenso poder de los neo-católicos. Ellos, en general, volterianos arrepentidos, han logrado seducir las almas sencillas y crédulas. Ellos han dado á la juventud un opio muy bueno para no estudiar, el de decirle que toda la filosofía es mentira, apotegma que cuadra admirablemente á la indolencia española. Ellos se han apoderado de los sitios de donde la guerra civil desalojó á los realistas. Ellos se han llevado tras de sí una gran

parte del clero. Ellos tienen hoy en la prensa mas órganos que los demás partidos, en la tribuna mas oradores, en el poder mas ministros. Aquí todo cambia, y ellos quedan siempre como una sombra maldita. Dicen que se quemen libros, y se queman; que se desentierren cadáveres, y se desentierran; que se levante un presidio en la zona tórrida para sus enemigos políticos, y se levanta; que se desconfíe de la enseñanza universitaria, y se desconfía; que vengan ciertos gobiernos, y vienen; que no vengan nunca otros, y nunca vienen; y sin embargo, nada puede contra esta marea creciente del espíritu humano, que los envuelve y los ahoga, como el mar envolvia al gran tirano de la leyenda, hasta arrancarle la corona de la cabeza. ¿Sabeis por qué, escelentísimo señor? Porque se oponen á la libertad; porque navegan en galeras de la Edad Media por un mar encrespado, y navegan contra el viento, contra el espíritu del siglo. He debido comenzar diciendo lo que pienso de ellos, porque de seguro mañana empezarán á calumniarme y á infamarme. No me importa. Solo os ruego que me oigais, y creo que voy á convenceros de que la Iglesia necesita, como todo, libertad, y que solo por la libertad podrá existir el espíritu religioso, completamente perdido, ó perturbado en nuestra patria.

CARTA SEGUNDA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Como anuncié á V. E. en mi primera carta, la prensa neo-católica me ha llenado de injurias, porque he espuesto con toda suerte de respetos á vuestra alta consideracion, ideas mas religiosas que sus insultos. Han creido que yo buscaba una polémica con V. E., cuando busco solo el amparo de su nombre, que no me faltará, para tratar un pavoroso problema. Si en algo por esto he faltado á V. E., ha sido contra mi voluntad. Perdónemele de grado, porque el ministerio religioso por V. E. ejercido, es tan alto, tan superior á las pasiones y á las debilidades humanas, que hasta el mal que recibido de otro en pena de un atrevimiento, podria ser justo castigo; recibido de V. E. podria parecer venganza. Esos periódicos no tiran á desacreditar mis ideas; tiran á desacreditar mi persona. No trato de defenderla. Mi persona se borra completamente en el esplendor de la libertad, como se borra la tímida luz de la luciérnaga, en el esplendor del dia. Aunque yo fuera el último y el peor de los hombres; aunque perteneciese á la raza de los que comercian insultando ya á los sacerdotes, ya á los filósofos; aunque me creyera capaz de todos los crímenes; V. E. en su caridad evangélica, en su celo religioso, no podria desoirme; pues, Cristo, nuestro eterno modelo, no buscó justos sino pecadores; no llenó su apostolado con los afortunados del mundo, sino con los débiles, con los enfermos, con miserables encontrados en las encrucijadas, á las ori-

llas de los lagos, lejos «de aquellos palacios amasados con el sudor del pobre, cada una de cuyas piedras es un pecado.» Estos periódicos neo-católicos, ignorantes de toda religion, hacen del obispo un déspota del Oriente. Confundidlos, señor, con el evangelio en la mano. Aunque os sentarais á la mesa en que estoy escribiendo, no descenderiais de vuestro ministerio y de vuestra dignidad. Jesus comia con aquellos hombres que la Sinagoga estimaba hereges. «Mirad con que gente come» decian, los fariseos. Y Jesus respondia. «No son los sanos los que han necesidad de médico.» «El pastor que ha perdido una oveja entre ciento, se deja las noventa y nueve, para correr tras de la perdida, y cuando la ha encontrado, la vuelve al redil sobre sus espaldas.» Pues que, Excmo. Señor, ¿solo oireis á los que os adulan? ¿Solo atendereis á los que os provocan á una guerra política? ¿Solo tendrán derecho á dirigirse á V. E., los que os importunan, con cartas, tratando de cuestiones políticas y mundanas; no los que, si para algo os importunan es para hablaros de la religion y de la Iglesia, y para pediros los consuelos necesarios al corazon? Esos periódicos no os comprenden, esos periódicos en todo tiempo os desirven. Confúndalos V. E. con el evangelio.

Yo, señor, creo profundamente, con toda mi conciencia, con todo mi corazon, con toda mi alma, en la necesidad de la religion. Las aspiraciones á lo infinito me parecen universales y estendidas, como corriente manégtica por todos los séres. En los rumores mismos de la naturaleza creo oir una plegaria religiosa. Todo aspira á subir en las escala de la creacion. El agua envia al cielo sus vapores, la flor sus aromas, el mineral su electricidad, la estrella su luz, el ave su cántico; todos los seres tienen alas, y todos miran á lo infinito como al polo inmóvil de la móvil vida. Pero hay un ser en el cual los rayos rotos de la vida convergen como en su foco; un ser que siente y piensa; un ser en quien la naturaleza se anima; un ser que eleva con plena conciencia todas las oraciones inconscientes del Universo hasta Dios. Este ser es el espíritu. Y el espíritu, así como para realizar la verdad necesita la ciencia, y para realizar el bien la moral, y para realizar la hermosura el arte, y para realizar su vida social el derecho; para santificar todos los fines de la vida necesita la religion. Y esta idea se halla en completa conformidad con la filosofía moderna. No conozco uno de esos filósofos, tan abominados, que no ensalce la idea religiosa. «La religion, ha dicho Kant, es el reconocimiento de nuestros deberes

en virtud de los mandamientos de Dios.» «Por la moral y la religion, ha dicho Fichte, nos elevamos á un mundo superior; la primera nos eleva por la accion, la segunda por la fé.» «La religion es, segun Lessing, la educacion permanente del género humano.» «Elevándose á lo infinito, añade Schelling, el alma se sustrae á las leyes fatales de la materia.» Hablando de la religion, dice Hegel: «Es la region donde todos los enigmas de la vida, y todas las contradicciones de la idea hallan su solucion, en que se aplacan todos los dolores del sentimiento; la region de la eterna verdad, de la paz eterna.» «Por la religion, ha dicho Scheleimaker apoyándose en San Pablo, nuestro ser es en Dios; y nuestra vida vive en Dios.» «La religion nos lleva, segun Solger, por amor de todo lo que es eterno á sacrificar todo lo que es transitorio.» «La religion, declara Baader en sus aforismos, es tan necesaria al hombre, porque es congénita á su naturaleza.» «La relacion del hombre con Dios, dice Krausse, es semejanza á Dios, conocimiento de Dios, union con Dios, manifestándose en la inteligencia, en el sentimiento, en la voluntad, en la vida toda.» Pero, ¿á qué cansarme citando autores de V. E. conocidos? Yo de mi se decir, que se apagaria el Universo y el espíritu á mis ojos, si la idea de Dios se apagara en mi conciencia.

Sobre todo el dolor y la muerte me han hablado siempre de religion. Hay quien ha pensado suprimir el dolor; quien ha creido suprimir la muerte. ¡Grave error! En el límite donde comienza el sentimiento, comienza el dolor, que es compañero eterno de la vida, y nos avisa de nuestras faltas, y nos auxilia en nuestros grandes trabajos, porque no podemos alcanzar la verdad sin esfuerzos, ni llegar al bien sin combate, ni desear lo perfecto sino con esa sed insaciable, señal del orígen celeste é infinito de nuestra alma. Desgraciados de nosotros el dia en que se acabara el desasosiego de nuestro ser, porque con ese desasosiego se acabaria tambien lo mas noble, lo mas sublime de la vida. Y lo que digo del dolor, digo de la muerte. El hombre seria un eterno bufon, sino supiese que al menos ha de haber un acto solemne, trágico, sublime en su existencia: la muerte. La tememos, porque no la miramos frente á frente, porque nos hemos propuesto olvidarla en medio del ruido y la algazára del mundo. Pero la muerte no mata, la muerte no aniquila; es un nacimiento á otra vida, y parece una descomposicion, porque nunca brota el tallo sin descomponer la semilla, ni el fruto sin secar la flor, ni una nueva forma, sin borrar las formas antiguas,

en el crecimiento y progreso de todos los seres. Si no hubiera muerte no habria renovacion; seria la naturaleza un lago inmóvil y podrido; la humanidad, una vieja impotente y preocupada. El sepulcro es una cuna. Mientras nosotros lloramos un muerto, como la personalidad tan trabajosamente conquistada, no puede perderse, en ese muerto ven otros seres, un recien nacido; porque la vida es infinita. Y mientras haya dolor y haya muerte, habrá religion. El raciocinio se quedará inmóvil á las puertas del sepulcro, y abrirá allí sus alas luminosas la fé. Si quitáramos el dolor, si quitáramos la muerte, acaso podriamos quitar la fé. Pero al quitar el dolor, al quitar la muerte, convertiriamos el mundo en vicioso harem, y el hombre en eterno sultan; pero en un sultan reducido, por el opio del placer, á un eterno imbécil. Una vida en que no cae una lágrima, es como uno deesos desiertos, en que no cae una gota de agua: solo engendra serpientes. Si quitamos de la frente del obrero el sudor; de las grandes causas el martirio; de la obra de artista la pena; del amor la tristeza; de la vida esa corona de ciprés que se llama la muerte, no habrá fé, pero tampoco habrá ni virtud, ni esperanza, ni poesia, ni belleza moral en el mundo: que todo lo grande nace del dolor, y crece al riego de las lágrimas.

Veis, Excmo. Sr., cuanto me calumnian los que me creen conjurado para perder toda idea religiosa en la conciencia de la juventud? Es todo lo contrario; nadie como yo se lamenta de la decadencia moral á que hemos venido. Se ha comerciado tanto con la idea religiosa, que muchos creen que cuantos hablamos de religion somos unos farsantes, unos titiriteros, que embaucamos á las gentes para arrancarles la bolsa. Se ha querido hacer de la religion un instrumento tal de tiranía que muchos hombres de ánimo levantado y corazon entero han llegado á creer que en el templo de la religion solo se admiten esclavos. Al mismo tiempo han endurecido ciertas gentes el corazon y las entrañas de muchos seres piadosos obligándoles á ver, en los que aman la libertad otros tantos conjurados del infierno, ministros de Satanás. Así ha decaido la caridad, el amor, la fraternidad, ese generoso sentimiento que proviene de la unidad de orígen y de la unidad de destinos en todos los hombres. Los dolores de nuestros hermanos, de aquellos que en la humanidad son como nosotros mismos nos hallan indiferentes. Nada nos va en que el pobre no tenga pan, ni el esclavo libertad, ni el desgraciado amor; nada en que el ignorante se pierda como las aves nocturnas, en eternas sombras. El

amor insensato á todos los placeres, hace de la vida una orgía, del mundo un carnaval. Todo está enfermo en este período de mortal decadencia. El arte se ha convertido en una copia servil de la realidad; la moral en una palabra dúctil y acomodaticia; hasta el amor se ha transformado en un negocio. No digamos nada de la fé política. Ha muerto. ¿Dónde están aquellos hombres que por la causa de la libertad pisaban el cadalso y hasta bendecian la muerte ignominiosa, creyendo que iba á ser la vida de su idea y de su patria? ¿Dónde está la generacion que escribió en Cádiz el código de 1812; y que se enterró en los campos de Bailen y en los muros de Zaragoza y de Gerona para realizar aquella guerra de Independencia, guerra de gigantes que no podemos comprender nosotros los enanos? Todos los hombres que creian, que esperaban, que amaban, ¡ay! han muerto y hollamos indiferentes sus cenizas. Por eso del mando de los militares, de los bárbaros generales que nos azotan la cara con su látigo, y trinturan nuestras ideas con sus espuelas, caemos bajo el mando de estos sofistas, de estos acepticos, de estos doctrinarios sin fé y sin conciencia, que hace años vienen devorando nuestro espíritu con el cáncer de su corrupcion. Ni siquiera somos bastante serviles para sufrir una dictadura, ni bastante fuertes para lanzarnos á la anarquia. Nos consumimos en lo miserable, en lo pequeño. ¡Felices los pueblos que, como Polonia, son esclavos; pero que al menos saben pelear, saben morir, y no se consumen tristemente en esta inmoralidad nuestra, que es la muerte de la conciencia, el aniquilamiento del alma!

Y es necesario, Excmo. señor, que pongamos el dedo en la llaga, que hablemos de nuestro mísero estado religioso. Si en algo peco de irreverencia, os ruego que me perdoneis la falta en gracia del buen deseo. No ocultemos el mal. No seamos como esos seres débiles que no se atreven á curar una llaga por no sufrir algunas náuseas. Lo que pudo decir Sancho el Bravo en el siglo XIII; el arcipreste de Hita en el siglo XIV; Pedro Mártir en el siglo XV; Hurtado de Mendoza en el siglo XVI; Feijóo en el siglo XVIII, bien podemos decirlo tambien nosotros en este nuestro siglo de libertad. Nuestro estado religioso es muy triste. Muchos defensores de la libertad se han separado de la religion, porque la creen signo de esclavitud. Yo estoy seguro que algunos de buena fé, llenos de honradez y de lealtad, desconfian muchas veces de mi, aunque me quieren, porque me oyen hablar demasiado de Dios. Los filósofos se han ido sepa-

rando tambien de la religion, si no de toda religion, de la oficial, porque dicen que oprime el alma. Los economistas, oidlos, la condenan, la desdeñan, al menos, porque juzgan sus ideas sobre la tasa y la usura contrarias al movimiento económico de nuestro siglo. Los gobiernos toman la religion, no como una idea pura, no como una creencia santísima, sino como un medio de gobierno; la ponen á la altura del alcalde que conserva el órden, ó cuando mas del magistrado que juzga y del Código penal que condena. Las clases elevadas son del todo punto indiferentes; á lo mas, prevenidas contra la revolucion por las predicaciones neo-católicas han hecho del catolicismo una especie de Dios Término encargado de velar por sus propiedades. En el pueblo hay dos clases. El pueblo de las ciudades adolece de preocupaciones invencibles contra la religion, mientras el pueblo de los campos adolece de un fetichismo pagano, que mata toda pura idea religiosa. El alto clero habla mas de política que de religion; y el clero bajo mas del culto que de la moral. La supersticion reina en los dos estremos de la cadena social. No hace mucho tiempo que se hablaba de embaucamientos, de llagas, de ridículos milagros. Los de arriba creen mas en los golpes que dá el pie de una mesa que en los movimientos de la conciencia; y los de abajo mas en sortilegios que en la virtud de las buenas obras. Muchos creen que con orar han cumplido, aunque luego procedan mal en la vida. Se parecen á los lazzaronis de Nápoles, que despues de encender una luz á su Madonna ya se creen con autoridad para encenagarse en los vicios mas infames; ó á los bandidos de Andalucía que llevan un escapulario sobre el cual apoyan su trabuco; ó al Monípodio, de que nos habla Cervantes en Rinconete y Cortadillo, que apartaba una buena porcion del botin robado para comprar velas á la Vírgen, á fin de que protegiese los robos en lo futuro. Esto es horrible, tristísimo. Es necesario restaurar la conciencia, restaurar el espíritu, despertar la idea religiosa en el alma. V. E., con sus medios espirituales, con su ministerio sublime, con sus virtudes, con su ejemplo, con su predicacion constante, puede hacer mucho, como todos sus hermanos en esta obra. Pero la religion tiene un lado social, tiene una influencia social y al publicista toca como un derecho, mejor dicho, como un rigoroso deber, tratar de las relaciones de la religion con la vida social de los pueblos, de las relaciones de la religion con el Estado. Y aquí se encuentra, Excmo. Sr., gran parte del remedio al mal que lamentamos. Para este problema, como para todos,

la democracia, que es la doctrina social mas perfecta, tiene una solucion admirable: la libertad de la Iglesia. Sino importuno á V. E. pidiendole antes que me dispense, que no vea sino mis buenas intenciones, mi deseo de acertar, de decir la verdad, de hacer el bien, si no le importuno, decia, hablaré en mis próximas cartas de la libertad de la Iglesia, y antes de despedirme de nuevo, permítame que le salude con todo respecto y veneracion.

CARTA TERCERA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: en mi carta anterior espuse cuanto pensaba sobre nuestra decadencia moral y nuestro profundo malestar. Yo atribuyo todos estos males á que la religion no está en la conciencia, sino en la ley; no en el espíritu sino en el Estado; lo cual hace que la fuerza moral haya sido reemplazada por una fuerza mecánica. Y este es el lamentable error en que caen á una todos los neo-católicos. Así no discuten, denuestan; no raciocinan, acusan; no creen tanto en la autoridad de Santo Tomás ó de Belarmino, como en la autoridad del fiscal de imprenta y del juez de primera instancia; no fian nada en la virtud del evangelio, lo fian todo á la virtud del código penal. Y aquí, Excmo. señor, entra la cuestion que propongo á V. E. con todo respeto, y que V. E. debe considerar, no por lo que vale quien la propone, sino por lo que vale y significa la idea en sí misma. Consideremos que no estamos solos, que no es posible vivir en el aislamiento feudal, y que si la Iglesia es reina en España, es sierva en la mayor parte de las naciones del mundo. Por eso decia, con grande aplauso de todos los católicos, el conde de Montalambert, en el congreso de Malinas: renuncie á sus privilegios la Iglesia católica, donde es reina, para alcanzar y obtener su derecho, donde es sierva. Porque no resolvemos la cuestion con decir que el catolicismo es la verdad. Aun admitido y proclamado esto, queda una segunda cuestion. ¿Hay derecho á imponer por fuerza una religion verdadera? Todas las religiones desde el brahamanismo hasta el protestantismo han

icho á los gobiernos: yo soy la verdad. De todas han abusado, para fines mundanos los gobiernos, y las han esgrimido contra sus enemigos. El brahamanismo ha tenido por víctimas los párias, el protestantismo, los irlandeses, el paganismo los cristianos, y los gobiernos han dejado desgraciadamente un reguero de sangre que condena la justicia de Dios.

V. E., acostumbrado á un ministerio puramente espiritual, sabe que el criterio de toda religion es la fé. Y la fé es la evidencia interior que ó no admite pruebas ó las rehuye. Creo, porque creo: tal ha sido la principal razon de los creyentes. Otras veces han dicho mas, han dicho: *credo quia absurdum*. Prescindamos de la verdad ó de la mentira de las religiones, que no importa para asentar el ideal de relacion entre la Iglesia y el Estado. Para el gobierno español la verdad es el catolicismo, y para el inglés el protestantismo. Despues de todo, como ha dicho el conde de Maistre, en el fondo de las religiones mas diversas, se encuentran rastros de una tradicion universal. Todas las religiones han consolado al hombre en su camino. Desde la religion que adoraba el tallo de yerba, la gota de rocío, el ave gigantesca que abria sus álas en la region de los vientos, la luna llena cuando surgía del seno de las olas, y celebraba sus misterios, teniendo por templos los bosques, y por altares los peñascos ; desde la religion que adoraba la naturaleza, hasta la religion que adoraba al hombre, y cuando el sol salia por el Himeto, enviaba desde el templo á las orillas del Ejeo, los coros de vírgenes coronadas de verbena, tañendo cítaras de oro, y entonando los cánticos de los mas sublimes poetas; desde la religion que adoraba el hombre hasta la religion espiritual que adora á Dios, y ha erigido las catedrales góticas, y las ha teñido de los matices de la luz con los vidrios de colores, y las ha poblado de estátuas que representan todos los grados de la oracion y del dolor, y les ha dado el murmullo de una plegaria con los acordes del órgano, y lengua para hablar á los vientos, con las campanas, y lazo para el cielo con la alta cúpula que se tiñe de los arreboles del aire, todas las religiones, como ha dicho un autor católico, han consolado al hombre, dejando en los espacios esas obras de arte, que forman como la escala misteriosa por donde el espíritu humano sube, sacudiendo de sus álas el polvo de la tierra, á trasfigurarse en lo infinito.

¿Hay derecho á imponer por fuerza una religion? Omar dice sí; Cristo dice que no. Las religiones tienen sus armas, el con-

vencimiento para la inteligencia, la persuacion para la voluntad. V. E. cree mas en la fuerza de un ejército de misioneros para fines religiosos que en la fuerza de un ejército de zuavos, mas en una pastoral que en un cañon. Las religiones no se mantienen por los fiscales, ni por la vara de los cabos de presidio, ni por las bayonetas de todos los ejércitos del mundo; se mantienen por el asentimiento de las conciencias, por la fé de los corazones. Lo primero que la religion representa ¿qué es? la relacion de toda la vida con Dios La religion vela en nuestra cuna y nos envia el ángel custodio protector de los primeros en sueños; purifica los corazones jóvenes apercibiéndolos á recibir como vasos de bendicion los aromas de los primeros amores; bendice la familia que formamos; santifica la mujer que elegimos por esposa, convirtiendo el hogar en un templo; nos ausilio á educar á los hijos, á levantar las alitas de su fantasía al cielo, y enderezar sus primeros pasos al bien; nos une por la oracion con los séres que se van de la vida y por la esperanza en la inmortalidad con los séres que vienen á la vida; y en la hora de la muerte, cuando todos los horizontes se cierran y oscurecen, cuando el sepulcro abre á nuestros piés sus negras fauces, cuando todos nos abandonan al silencio del eterno sueño, la religion nos promete que, lejos de perdernos en la nada la esencia de nuestra vida, como el vapor de la catarata que sube á los cielos mientras el caudal de las aguas se desgaja en los abismos, la esencia de nuestra vida se dilatará en el regazo de Dios. Mas para cumplir estos fines, ha de ser creida por nuestra fé, amada por nuestro corazon, acepta á nuestras conciencias, faro luminoso á los ojos del alma. En vez de moderar los ímpetus de la juventud, los viciará, si por ella no tenemos amor. En vez de unirnos por un juramento á la familia que formemos, nos unirá por un perjurio. En vez de auxilio, nos servirá de estorbo en la educacion de nuestros hijos, porque no enseñan los labios como verdad lo que el corazon siente que es mentira. En vez de consolarnos en la hora de la muerte, sus oraciones, sus ceremonias turbarán nuestros últimos instantes, y harán desesperada esa postres hora en que el hombre necesita recoger todo su espíritu y toda su vida para presentarse, no ante el juicio de los hombres que creen la fé mentida por labios, sino ante el juicio de Dios que vé el fondo de la conciencia. Indeciso el moribundo entre su fé de hombre y su fé de ciudadano, verdaderamente no sabrá cómo ha de morir en esa última hora en que todas las mentiras se acaban en los resplandores de la verdad eterna. De

este triste estado de los espíritus hay una grande enseñanza en la historia una enseñanza que me ha movido á prolijas meditaciones en mis estudios históricos. Notad, Señor, los hombres mas célebres de los últimos dias del paganismo. ¡Qué miserables en su vida, y qué grandes en su muerte! No hablemos de Bruto y Caton. El pretoriano Antonio sabe morir. Ciceron que habia vivido como un cortesano espira como un héroe. El emperador Othon fué en su vida menos que una prostituta y fué en su muerte mas que Sócrates. Tácito no acierta á dar de esto razon. ¿Sabeis por qué vivian vida tan miserable? Porque vivian en contubernio forzoso con dioses en quien es no creian. ¿Sabeis por qué morian muerte tan sublime? Porque morian libremente en el Dios de Platon, en el Dios de su conciencia. Por eso yo creo que el poder del Estado, que la fuerza de los gobiernos nada vale, nada importa para fomentar las creencias religiosas. Creemos ó no creemos en la religion del Estado. Si creemos, creemos por nuestra conciencia y no por el mandato del Estado. Luego su proteccion es inútil. Sino creemos y decimos que creemos, á los ojos de la religion cometemos una verdadera hipocresía. Luego su proteccion es dañosa. V. E. en su alto ministerio, que tantas veces le habrá obligado á bajar á los profundos abismos del espíritu humano, para arrancar de allí muchas espinas, sentirá inmensamente mejor que yo pudiera decírselo, cuanto daña al espíritu religioso la hipocresía.

Sobre la conciencia no puede haber coaccion. Por eso nuestras mismas leyes, nuestro Código penal condena la libertad de cultos, pero admite la libertad de conciencia. Y por esto la Iglesia ya no acostumbra á pedir el ausilio del Estado contra aquel que no cumple sus preceptos espirituales. Pues bien, si ha dado un gran paso hácia su jurisdiccion, hácia su propia libertad, ¿por qué no ha de concluir de dar los pasos que le faltan, renunciando completamente á la tulela del Estado? Para regir la conciencia, le bastan los medios espirituales, porque no hay sobre la conciencia accion material posible. Por eso llamaba Sócrates á la conciencia la voz de Dios en la vida. Si la religion fuera una ley coercitiva, una ley material destinada al hombre que ha de vivir en sociedad, comprendo que echara mano de jueces, alcaldes y alguaciles. Pero el objeto de la religion, el fin de la religion, es mas alto, mas trascendental. Lo eterno, lo incondicional, lo absoluto, es el norte de la idea religiosa. Cuanto mas pienso en esto, mas claro lo veo, Excelentísimo Señor, mas claro. Es un desvario hacer de la religion,

como una ley de imprenta, como una ordenanza de policía. Si el hombre estuviera destinado á vivir un dia, y á pasar como una sombra que empaña por breves instantes el espejo del espacio; si no tuviera mas fin ni mas destino que caer convertido en polvo sobre este planeta; si todo en él terminára con procurarse mejor sustento, mejor habitacion que las generaciones ya muertas, entiendo que bastaria á sus necesidades una religion mecánica, regulada por el Estado, atenta solo á conservar el órden civil y el órden material; pero cuando el hombre se siente llamado por una voz interior á mas altos fines; cuando reconoce en sí una libertad, por tan maravillosa manera ordenada, que le alza del mundo de los efectos al mundo de las causas; cuando su deseo es una sed infinita, su amor una llama inestinguible, sus ideas mas numerosas que los astros, su razon mas grande que el espacio, su personalidad mas duradera que el tiempo; cuando los hechos, las instituciones, las leyes, las artes, las ciencias, son como gradas, por donde sube en ascension contínua, en crecimiento progresivo á sus altos fines, y al término de esta ascension gloriosa vé á Dios, necesita para volar á Dios libres y abiertas las alas de la conciencia. Despues de todo, ¿qué han podido Neron, Diocleciano, todos los soberbios tiranos contra la inviolabilidad de la conciencia? Nada. ¿Por qué? Porque la conciencia es la reflexion de todas las facultades del espíritu en sí mismas, y no puede ser cohibida por ninguna fuerza, encerrada en ningun calabozo, vigilada por ningun carcelero, guillotinada por ningun verdugo, pues, sin duda, es libre como la voluntad, infinita como el pensamiento, incoercible como el alma, de la cual podíamos decir que tan grande facultad es como la luminosa corona.

V. E., en su sagrado ministerio, verá mil veces, que á donde no llegaria la fuerza de un gobierno, llega la palabra de un obispo. Y esto le persuadirá de la radical impotencia del Estado, del gobierno, para ordenar y regular la fé religiosa. Yo he vista esa impotencia en las sociedades antiguas y en las sociedades modernas. Para no tratar cuestiones peligrosas, que yo quiero evitar á toda costa desarrollaré ante V. E. en breves palabras lo que sucedió á la religion pagana, á esa religion, que, si no puede satisfacer nuestro espíritu, ni iluminar nuestra redimida conciencia, animó á pueblos tan sábios como Grecia, á civilizaciones tan robustas como la civilizacion romana. El paganismo tiene su edad sencilla, primitiva, en los dioses cabires; su edad media en la teocracia dórica, consagra-

da al culto de Apolo; su edad de protesta en la aparicion de Homero; su edad filosófica desde Thales hasta Aristóteles; su edad de reaccion, de neo-paganismo de lucha con nuevas creencias, de alianza con el Estado en aquellos últimos tiempos en que Júpiter y el César eran una misma persona, la religion y el imperio una misma cosa. Pues bien, yo he notado que cuando esta religion vivia principalmente por sí, contando mas con su fuerza que con la fuerza del Estado, porque desligada del gobierno y del Estado nunca estuvo; lo cual prueba su radical impotencia para ser una religion duradera; cuando contaba mas con sus fuerzas agenas, con las fuerzas políticas; el paganismo estaba vivo; las sacerdotisas pleyadas llenaban de flores el altar, de víctimas el ara; Apolo se alzaba resplandeciente de luz en el tiempo erigido sobre las colinas sembradas de mirtos y laureles; Baco, venido de la India con la frente coronada de pámpanos, representando la embriaguez de la vida, dividia con Apolo el dominio del mundo; Homero despedia de cada uno de los acordes de su lira el alma de un Dios; y mientras los dioses mayores, creados por los poetas, vivian allá en el Olimpo, tendidos en las nubes, coronados por el iris, saludados por la diosa armonía que trasformaba los rayos del sol en cuerdas de su arpa, mientras los dioses mayores vivian en las cumbres de los montes respetados por los pueblos, lloviendo estrellas en el cielo, gotas de rocío en los campos, los génios menores se esparcian por la tierra, y llenaban de faunos las selvas de nereidas los mares, de ninfas los arroyos; y en cada bosquecillo, en cada umbria, en cada recodo de la costa tenian templos, de los cuales se exhalaban aquellos cánticos ébrios de placer que inundaban de febril voluptuosidad toda la naturaleza. El espíritu, ese eterno desterrado, comenzó á disgustarse de culto tan sensual, comenzó á levantar los ojos al cielo. El Estado quiso salvar la religion y no pudo. En vano maldijo á Thales; del alma de Thales nació Pitágoras. En vano obligó á Pitágoras á misterioso silencio. De aquel silencio nació andando la vívida idea de Xenophanes. En vano desterró á Xenophanes, porque vino Sócrates. En vano dió á cicuta á Sócrates, porque, al pié de su sepulcro, donde parecia enterrada, para siempre la conciencia humana, brotaron Platon y Aristóteles, las dos fuerzas de la ciencia, los dos términos de la idea, las dos caras del espíritu. La cicuta de los tiranos mató á Sócrates de un dia; pero no pudo matar el Sócrates de todos los tiempos. El paganismo herido se movia. Cuando en la eternidad

sonó su última hora, nada pudo el imperio, nada pudieron las legiones. nada los magistrados, nada las fuerzas colosales de Roma para salvarlo. Yo no conozco reaccion mas grande, reaccion mas inteligente, que la reaccion sostenida por Juliano. ¿Y qué alcanzó aquel jóven con todas las fuerzas del Estado á su disposicion? Nada. Un dia fué al templo de Apolo en Dafne por él restaurado, y no encontró flores en el altar, ni ofrendas en el ara, ni séres que repitiesen los antiguos cánticos sacros, ni adoradores que llevaran las copas de oro á los labios para ofrecer las antiguas libaciones, porque el Estado podrá mandar abrir las puertas de los templos de piedra; pero no puede abrir las puertas del templo espiritual de la conciencia, cuya misteriosa llave es la fé.

Excmo. Sr.: los cristianos, que traian la buena nueva para renovar el mundo, separaron, diferenciándose radicalmente del paganismo, la conciencia del Estado, la religion del imperio. Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Esta sublime palabra de Cristo ha separado para siempre la religion del Estado, ha consagrado para los siglos de los siglos la libertad de la Iglesia. «La ley de Cristo, dijo Santiago, es ley de libertad.» «Nada tan voluntario como la religion, esclamó San Pablo: *Nihil tam voluntarium quam religio.*» «Nosotros no pedimos el poder, escribia San Justino á Trifon, pedimos la libertad de nuestra creencia.» «Cristo, sentia Orígenes, no roba las almas como los ladrones, ni las compra como los ricos, ni las fuerzas como los poderosos; Cristo las llama con su amor.» «Mirad, esclamaba el gran Tertuliano, mirad, no sea autorizar la falta de toda religion, el privarme de mi conciencia religiosa!! Y en su carta de Escapula, añadía: «*Non est religionis cogere religionem.*» ¿Por qué hemos engrandecido á Constantino? ¿Declaró religion del Estado la religiou católica? No, declaró la libertad de la Iglesia. Señor, la Iglesia no cambia la Iglesia no puede cambiar la religion de la libertad que predicó en su cuna. Predicar una idea en la persecucion y otra en el poder, una en las catacumbas y otra en el Capitolio, se queda para esos miserables partidos que solo tienen por Dios la utilidad, por criterio el interés, y por moral el egoismo. Pero la Iglesia no cambia, segun nos enseñan sus doctores.

¡La Iglesia libre! ¡Qué hermoso, qué grande espectáculo! Nombraria sus pastores sin pedír venia alguna al Estado; ejerceria su enseñanza sin necesidad de que el privilegio la limitára y la condicionára: predicaria sus dogmas y su moral con

independencia entera, ejerciendo hasta sobre los gobiernos y las leyes su jurisdiccion moral y de conciencia: tendria asociaciones religiosas sin las cuales apenas se concibe el catolicismo, asociaciones prohibidas por nuestras leyes; podria adquirir su propiedad, guardar su peculio propio para procurarse el material sustento; veria renacer aquellos tiempos, aquellas asambleas, aquellas glorias, aquellas grandezas, aquella virtud de las primeras asociaciones cristianas. Pero no adelantemos conceptos. Esto será objeto de otra carta. En ella probaré á V. E. que nada ha sido tan funesto á la Iglesia, como la protec cion del Estado. Señor: la democracia seria un sistema social imperfecto, sino pudiera ofrecer condiciones de derecho, de espansion á todas las maneras de ser de la actividad humana. Ya el ilustre dean de vuestra catedral me ha dicho en una carta, bella por su estilo, elevada por sus ideas, pura y recta por sus intenciones, que V. E. no puede temer á la democracia. Pues bien, no la maldigais: bajo todas las zonas y en todas las latitodes puede vivir el espíritu religioso que debe crecer, siendo justo, do quiera crezca la libertad y la justicia. Tened, señor, un poco de paciencia para esperar mis últimas cartas, y entretanto, perdonándome si en algo he faltado á lo que os debo, recibid un testimonio de respeto y veneracion.

CARTA CUARTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Seguiré esponiendo á la consideracion ilustradísima de V. E. las razones en que me fundo para abogar por la libertad de la Iglesia ardientemente. Prescindo del culto que presto en mi corazon y en mi conciencia á esa idea de libertad, por la cual se distingue de los demás séres el hombre. Verdaderamente la idea de la libertad ha llegado á obtener una especie de culto en mi vida. Pero la manifestacion mas fecunda, en mi sentir, es la que se refiere á la religion, pues, á medida que las ideas son mas altas, necesitan mas para volar por lo infinito las fuertes alas de la libertad. El cristianismo así lo predicó desde su aparicion en el mundo. Los neo-católicos, al convertirlo en instrumento de tirania, lo desnaturalizan, y lo tuercen á fines contrarios a su ideal. Porque si se le quita al cristianismo este espíritu de caridad y de tolerancia; si de él se hace antes que la religion pura del alma, la religion coercitiva del Estado, cambiemos todo el cristianismo; y Jesus, en vez de decir, «mi reino no es de este mundo» diga cediendo á las tentaciones de Satanás, que le ofrecia todos los troncos de la tierra, «yo soy el único rey:» y en vez de «dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César,» diga, «dad al César religion, alma, conciencia» y, en vez de reconvenir á los discípulos, que le pedian castigo para un incrédulo, diciéndoles, «vosotros no sabeis aun que espíritu os anima,» grite, «mueran los incrédulos, pues que mi espíritu es de esterminio, y mi sumo sacerdote es el verdugo:» y en vez de decir

á Pedro en el huerto, «envaina esa espada; el que á hierro mata á hierro muere,» dijérale, «sometereis por la espada á todos los pueblos:» y en vez de decir á sus apóstoles, «las armas de vuestra milicia no son materiales,» dijérales, «las armas de vuestra milicia, son el cetro de los emperadores, y las espadas de las legiones:» y en lugar del cristianismo, tendríamos el mahometismo; y el evanjelio seria el Koran; y el apostolado la guerra; y el triunfo del espíritu, por el milagro de la idea, la servidumbre por la victoria brutal de la fuerza; y aquel sublime altar del Calvario, á cuyos piés caerán de rodillas todas las generaciones, porque allí se trasfiguró el alma, seria el patíbulo de la libertad y de la conciencia.

Yo creo que las guerras de religion; las cruzadas contra los albigenses; las hoguras donde han ardido Savonarola, Gerónimo de Praga, Servet, ora las hayan atizado los católicos, ora los protestantes; las persecuciones de los hugonotes por los reyes de Francia, y de los irlandeses por los aristócratas de Inglaterra; la inquisicion, felizmente apagada al soplo de nuestros siglos; todas estas monstruosidades, que han cubierto de sangre la tierra, de ignominia la historia, han sido maldecidas por el espíritu del cristianismo, que fué el ósculo de Dios, impreso en la frente del hombre. Y esta triste adulteracion de una idea tan grande ha provenido de su ayuntamiento con los gobiernos, con los poderes del mundo. Los gobiernos habrán podido dar á la iglesia bienes erecederos, pero le han arrebatado el imperecedero bien de su independencia.

Tres soluciones puede tener el problema de la relacion de la Iglesia con el Estado. O bien el Estado se somete á la Iglesia, ó bien la Iglesia se somete al Estado, ó bien Estado é Iglesia se declaran libres, independientes entre sí. La primera solucion enjendró la teocracia. La segunda solucion enjendró la autocracia. La primera solucion ha sido la de Roma en la Edad Media. La segunda solucion ha sido la de Constantinopla en la Edad Media. La Roma pontificia fué teocrática; la Constantinopla imperial autocrática. Estas dos soluciones tambien se ofrecen á nuestros ojos allá en la historia antigua. El Oriente. en que por regla general los sacerdotes predominan sobre los reyes, el Oriente es teocrático; Grecia y Roma, en que los reyes ó las repúblicas predominan sobre los sacerdotes, son autocráticas. Yo creo la teocracia y la autocracia igualmente infecundas ¿Cuánto tiempo se ha podido sostener la teocracia en nuestra historia moderna? Escasamente tres siglos, sí, tres siglos de

apocamiento del ánimo, de terror, tres siglos en que los pueblos temian ver la tierra disipándose como un monton de ceniza bajo sus plantas, y el cielo cayendo en lluvia como un mar de lágrimas sobre su cabeza. La teocracia se acabó el dia en que los jurisconsultos por ella educados se hicieron monárquicos, y los monarcas por ella sostenidos se hicieron rebeldes. El bofeton que Nogaret dió en la megilla de Bonifacio VIII, sepultó para siempre la teocracia. El tenebroso poema del Dante, poema esencialmente católico, fué su infierno. En sus últimos círculos se encuentran maldecidos por la conciencia religiosa, los tiranos que se prevalieron de su autoridad espiritual para oprirmir al mundo, y despedazar á Italia. Y si tan triste fin tuvo la teocracia romana, ¿que resultado ha tenido la autocracia bizantina? La desmoralizacion de una raza heróica, la caida de un grande imperio, la tísis del alma de cien generaciones, y la cimitarra turca estendida en el siglo décimo-quinto como una espada esterminadora sobre la frente de Europa.

La solucion teocrática y la solucion autocrática han sido igualmente funestas para la Iglesia y para el Estado. ¿Será mejor solucion esta semi-teocracia y semi-autocracia de nuestro tiempo, en que ni la Iglesia ni el Estado gozan de verdadera independencia? Esta ha sido la peor solucion, señor, la peor. Examinadla con detenimiento y lo comprendereis. La córte de Roma pactó concordatos con los poderes civiles. Alcanzó que espulsaran á los judios, ó de las naciones, ó de la vida civil; les entregó la inquisicion, lavándose las manos por la sangre en la inquisicion derramada; aplaudió la condenacion de libros, como el método de Descartes, como el Contrato social de Ronsseau, inútil condenacion, pues el primer libro es la base de nuestra filosofía, y el segundo la base de nuestra politica; y con esto se creyó segura. Pero al poco tiempo los poderés civiles volvieron contra ella sus armas; y la aislaron por las leyes Josefinas; y abolieron sin consultarla sus ejércitos permanentes, los jesuitas; y le arrancaron la inspeccion de la enseñanza pública; y redujeron á mentira su censura sobre los libros; y le quitaron el diezmo; y le obligaron á mendigar el pan del presupuesto como cualquiera de las últimas oficinas del Estado; y destruyeron sus conventos donde las almas místicas encontraban un nido fuera de las tempestades del mundo; y disolvieron su propiedad, heredada de tantos siglos, en el oleage de las revoluciones.

Y este mal provino de haber olvidado la idea que le sonrió

en su origen. El cristianismo se planteó como religion del espíritu frente á frente del paganismo, que se defendió como religion del Estado. La gran defensa de la religion pagana era que los dioses habian sido los protectores del pueblo y bajo sus auspicios habian crecido tres cosas tan grandes como el arte griego, el derecho civil, y el poder romano. El cristianismo defendia, contra Neron y contra Diocleciano, el derecho de la conciencia á separarse de la religion del Estado. Nadie hubiera podido creer que en las relaciones entre la Iglesia y el Estado se ingirieran los vicios del paganismo. Felipe II, Cárlos IX, Enrique VIII apelaron á los medios que Neron y Diocleciano. La inquisicion fué la hoguera pagana reanimándose de sus cenizas; las guerras de religion el estertor del paganismo. El Estado empezó por oprimir hipócritamente á sus enemigos, para acabar por oprimir á la Iglesia. ¿Para que quiere, pues, la Iglesia tan cara proteccion? Yo comprenderia sin esfuerzo que se pidiese la proteccion de los Estados para la Iglesia, en aquellos tiempos en que eran devotos hijos de su buena madre, y cumplian sus mandatos, y acataban sus consejos, y los reyes iban de rodillas á recibir en sus frentes el óleo que consagraba toda autoridad, y los pequeños reinos al nacer se acogian bajo los pliegues de su manto; yo comprendo la proteccion en tales tiempos; pero pedirla hoy, en que la vida de la Iglesia es una lucha contínua con los poderes civiles; pedirla en estos tiempos en que la Iglesia ha combatido con Austria por las leyes Josefinas, y con Toscana por las leyes leopoldinas; con los antiguos Borbones de Nápoles, Francia y España, por la espulsion de los jesuitas; con Napoleon el Grande, por la interpretacion del Concordato, y con el Chico, por la revolucion de las Marcas y las Legaciones; con los firmantes del último Concordato austriaco, por la emancipacion de los judios, y con la córte absolutista de Nápoles por la hacanea, ofrecida como un tributo de reconocimiento al Papa, desde los tiempos de Cárlos de Anjou; con Saboya, primero por las leyes Sicardi que abolian la jurisdicion eclesiástica, y despues, por la política del conde de Cavour; con Bélgica, con esa nacion pequeña por su territorio, grande por sus libertades, nacida al amparo del catolicismo, con Bélgica, por las ideas vertidas y la enseñanza dada en las universidades del Estado; con los cantones católicos de Suiza, de esa nacion que ha hecho de las montañas el altar de la democracia, con los cantones católicos de Suiza, por cuestiones de disciplinas, como el pase de Friburgo y el matrimonio civil del

Tesino; con España, con el pueblo que se arrojó á la sima de la guerra universal, como Curcio, por salvar el catolicismo, con España, por la abolicion del diezmo, la desamortizacion y la distincion de los conventos; con la América española, con aquel nuevo mundo, descubierto para la Iglesia cuando, en virtud de la predicacion de Lutero, perdia la mitad del viejo mundo; con Nueva Granada, por la asignacion al clero; con Méjico, por la desamortizacion; con Buenos-Aires, por su indiferencia religiosa; pedir en estos momentos, con estos gobiernos, proteccion, es tanto como pedir cadenas, es tanto como renunciar por el poder de un dia al poder de todos los tiempos, y por un pedazo de tierra, donde fijar la plata, á la cnciencia, ese cielo de la vida.

¡Qué comparacion con los siglos de libertad, de la Iglesia! Subid, excelentísimo señor, con el pensamiento acostumbrado á meditaciones piadosas; subid á considerar los siglos IV y V. Son los siglos, en que Constantino pone la cúpula á la Iglesia con su rescripto de libertad; San Agustin á la ciencia cristiana, con su síntesis inmensa; Nicea al dogma con su definicion de la consustancialidad entre el Verbo y el Padre. Han cesado las persecuciones. La Iglesia es libre. ¡Qué espetáculo! Los Césares vencidos, las hogueras apagadas por las lagrimas y la sangre de los mártires, los arúspices mudos, sin atreverse á invocar sus antiguos sortilegios; la Pitonisa, inmóvil en su trípode, llevándose la mano a la fria frente, por donde no pasa una idea; la última trasformacion del paganismo, ahogada; la heregía maquinea, que pugnaba por volver la humanidad al Oriente, vencida; la heregía pelagiana huyendo, no al resplandor de las armas, sino al resplandor de las ideas; la tribuna cristiana, alzada en Alejandría y sobre la tribuna Gregorio Nazianzeno, Juan Crisóstomo; San Agustin, despiegandolo el ideal de la ciudad de Dios; Paulo Orioso, esplicando el progreso en medio de la decadencia; el tirano, degollador de una ciudad, postrado de hinojos ante Ambrosio de Milan; la lira cristiana colgada de las columnas de las basílicas, vibrando los sagrados himnos: y cuando la gran catástrofe viene, cuando se desquicia la antigua sociedad, en aquel dia del juicio final de todo el mundo romano, al estrépito de las ruinas, al fulgor de los incendios, entre las nubes de bárbaros que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan gotas de sangre, bajo el filo de las siniestras espadas, los únicos hombres que tienen valor para arrojarse, con los brazos abiertos en medio de aquella inunda-

cion de razas, á detener el torrente, son los misioneros desarmados, como San Severino, que doma á Odoacro; como San Leon, que detiene á Atila; como San Gregorio, que educa á los lombardos, no con las armas, sino con la idea, no con la fuerza de los poderes mundanos, sino con la fuerza de la palabra divina; y mientras la negra noche de la barbarie viene, y reborosa la sangre en la tierra, allá en las cimas se ven aparecer, como otras tantas arcas flotando en el diluvio, los monasterios, donde se refugia la ciencia, los monasterios que brillan en aquellas tinieblas, como las cumbres nevadas de los Alpes, ceñidas del ether y alumbradas por el sol con una serenidad perfeta, en tanto que allá, en los hondos valles, se amontonan las nubes. y ruje la tempestad, y se desata el rayo.

La Iglesia no renunciará, no, á recobrar en tiempos mas prósperos y con mas felices condiciones. esta libertad, en cuya virtud obró tantos milagros. No renunciará á oir la voz de su Pontífice, sin que ningun poder le pueda cerar el paso; á nombrar sus obispos con independencia completa; á tener sus cátedras, donde quiera que haya espacio para fundarlas, y discípulos que las cerquen; á celebrar sus concilios; á reunir esas asociaciones religiosas, sin las cuales apenas se concibe su existencia; á vivir vida propia, animada por la libertad, coronada por el derecho, que le ofrece la democracia. Esto vale mucho mas que todo cuanto de flicticio pueda hacer, por la religion, el Estado. ¿Pues qué el Estado se confiesa, comulga, se salva, se condena? Yo quisiera ver en el valle de Josafat el alma de nuestro Estado. ¿El Estado, en literatura, es clásico ó romántico? ¿Es en medicina, homeópata ó alópata? ¿Espiritualista ó materialista? Seria de ver que, mientras el Estado fuera muy católico en un pueblo, de cuyo nombre, señor, no quiero acordarme, se creyeran único católicos ciertos cenobitas de tribuna y de redaccion de periódicos, cuya vida es la intriga, cuyas armas son la calumnia, cuya moral el egoismo. Poner al frente de un gobierno el dictado de católico, y creer que por eso es católico el pueblo, son católicos los ciudadanos, es tan grande desvarío como creer que un pomo de veneno deja de ser novicio, por que se le ponga un rótulo que diga: «jarabe.» V. E., como obispo, busca la religion, no en las vanas declaraciones del Estade, sino en los sublimes morimientos del alma.

Yo bien sé que V. E. en su celo paternal por el progreso de la religion, al fijar en estas palabras la vista, se acordará de la unidad religiosa. Esa idea le atormentará, leyendo estas cartas,

y será un obstáculo invencible para aceptarlas. Permítame V. E. que le esponga algunas consideraciones. Si acierto, acéptalas; perdóneme, si yerro. Hay dos ideas, que aun ni se han realizado en el mundo; la idea de una nacion para todos, la idea de una religion para todos. Contra la primera idea se han estrellado grandes guerreros; contra la segunda grandes doctores. El cristianismo es indudablemente la religion que, por su alta metafísica, por su moral sencilla y adecuada á todas las condiciones de la vida, tiene los caráteres de religion universal. Dentro del cristianismo hay cuatro razas fundamentales en Europa, y las cuatro han dado un carácter particular á la idea cristiana. La raza latina ha encontrado, en el catolicismo, su fuerza moral, sus tendencias cosmopolitas, su espíritu social, su antiguo culto á la unidad, sus hábitos de organizacion y de disciplina; la raza germánica y anglo-sajona ha encontrado, en el protestantismo, su carácter individualista, la apoteosis de la personalidad humana, el culto á la libertad de pensar; la raza helena ha dado al cisma su mismo carácter, el predominio de la idea metafísica sobre la idea moral; la raza eslava, tendida á los piés de sus autócratas, ha dado á la Iglesia el carácter de un inmenso pedestal para su autocracia; y, si penetramos allá en el fondo del Oriente, en la cuna de la humanidad, en el templo de donde han salido las religiones, allí donde el aire huele á incienso, encontraremos, segun las profundas observaciones de una sociedad de sábios investigadores, que las razas semítico-cristianas han dado un gran predominio á la idea del Dios único, sobre la idea del Verbo, y la gerarquía de los santos; y las razas indo-cristianas han concentrado toda la religion en María, han olvidado la primera persona de la Trinidad, han pretendido unir sus nuevas creencias con las antiguas, los santos con los dioses, como si el agua del bautismo no hubiera pasado de la frente, sin penetrar en el alma. La ley de variedad se desmiente con mucha dificultad en la historia. Yo tambien quisiera, señor, como V. E., la unidad en un Dios, la unidad en un dogma, la unidad en una ley moral; pero la deseo por la predicacion, no por la fuerza; por los apóstoles y por los misioneros, y no por los soldados y los inquisidores.

Pues qué, ¿nos faltaba á nosotros la fé en la Edad Media? ¿No habia católicos, y católicos vehementes en España, que reconquistaba el pátrio suelo á los árabes, cuando las milicias reales y las señoriales y las municipales se unian, yendo de Covadonga á Toledo, de Toledo á las Navas, de las Navas á

Tarifa, de Tarifa á Granada? Si entramos en una de aquellas ciudades que aun quedan en pié, en Toledo, por ejemplo, piedra miliaria donde cada generacion ha escrito un recuerdo de gloria con un monumento imperecedero; si entramos en una de aquellas ciudades, veremos tras los muros torreados que las guardaban, tras las puertas, defendidas por los puentes levadizos, los bazares orientales; la mezquita mudejar adornada con todos los calados de la arquitectura granadina, con todos los recuerdos de la arquitectura siria; la sinagoga judía coronada por las maderas de los cedros del Líbano, esmaltada por los talcos y dorados del Oriente, ceñida por las hermosas letras hebreas que guardan las divinas palabras de David y de Isaias, mientras, á la vista de aquellos templos, se alzan las caladas agujas de las iglesias santas, á cuyas puertas se celebran los contratos, en cuyos altares duermen el sueño de la muerte los guerreros, en cuyas paredes penden las cadenas de los cautivos, al eco de cuyas campanas se reunen las Córtes y los municipios, uniendo así esos monumentos sagrados, en sus piedras inmortales las dos ideas que fueron el grito de nuestros padres en la cruzada de los siete siglos, las dos ideas de Dios y libertad, que coronan, como con una diadema de fuego, las sienes de nuestro pueblo.

¿Pues qué, en nuestro mismo siglo no ha proclamado, no ha bendecido la Iglesia la idea de emancipacion de la conciencia? Señor: al trazar las palabras en que voy á hablaros de este gran poema, quisiera trazarlas como Fray Angélico trazaba sus cuadros religiosos, de rodillas: tan grande respecto me inspira. Habia un pueblo católico, esclavo de un pueblo protestante. El pueblo católico se llamaba Irlanda, el protestante Inglaterra. Irlanda formaba una sociedad de párias, cuando un dia, el dolor, esa musa divina, enjendró un hombre, que llevaba en su alma la idea, y en sus lábios el verbo de aquel pueblo. El gran orador reunia todos los grados del sentimiento y todos los tonos de la pasion, desde el sarcasmo y el insulto soez, como pudieran salir de los lábios de un campesino ébrio, hasta la poesía sublime, y la oracion etherea, como pudieran salir de los lábios de un angel en éxtasis. Y sin mas escudo que su fé, sin mas arma que su palabra, en la cual se oian los ecos de las olas y de las selvas patrias, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, los lloros de los niños, los ayes de los moribundos y los lamentos que, desde sus sepulcros, lanzaban las generaciones pasadas, todos los ecos del alma de un pueblo suspen-

dida de los lábios de aquel hombre como el rocío de los pétalos de una flor, de aquel hombre, si, que, poniendo sobre el viejo bastion de la aristocracia británica la escala de los derechos políticos, aplastando su intolerancia religiosa, emancipó la Iglesia católica, y dejó en las torres de esa Iglesia una bandera sagrada, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos y todas las generaciones, porque lleva escritas en sus pliegues las ideas que han hecho tan maravilloso milagro; la libertad de la palabra, la libertad de asociacion y la libertad de conciencia. Despues de esto, cansado de espíritu, y desmayado de fuerzas, dejo lo último que debo decirle para otro dia, rogándole que consagre un recuerdo religioso á O'Connell, el héroe de nuestra causa, de la libertad de Iglesia.

CARTA QUINTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion y respeto: Empiezo pidiéndoos, como siempre, perdon de mi atrevimiento, en gracia de mi amor á la verdad. Voy á presentar, en resúmen, los puntos generales de la cuestion. Ya lo he dicho; no soy del número de los que creen que la religion es asunto baladi, y que vale tanto para la filosofía, como la alquimia para la química. Aunque yo no creyera, aunque estuviese desnuda mi alma de toda aspiracion á lo infinito, y mi pecho de toda esperanza en la inmortalidad, bastaríame que la religion fuese creencia de tantos pueblos, consuelo de tantas generaciones, ideal de tantos artistas, para bajar en su presencia la frente, y temblar con pavoroso respeto, contemplando su grandeza, mayor aun, cuando la comparo con la pequeñez de mi inteligencia. Por esto no puedo nunca tratar cuestiones religiosas, sin pedir á Dios que ilumine mi flaca razon; ni dirigirme á vuecencia, respetable por sus años, mas respetable por su ministerio, sin pedirle que disculpe mi atrevimiento. Pero no caigamos, por huir de la irreverencia, en el miedo y en el apocamiento. La religion es el cielo de la vida; y como cielo, por ella pueden volar, sin encontrarse, los mundos; y como el cielo, es alegre y luminosa. Solamente los inquisidores, los verdugos del pensamiento, los que han querido hacer del altar el patíbulo de la conciencia humana, pueden amedrentar con la religion, convertirla en cielo de bronce sordo á nuestros clamores, en negra nube preñada de amenazas, y resucitar aquella máxima del pa-

ganismo, nacida cuando el hombre solo se acordaba de sus faltas y solo temia el castigo. *Religio, id est, metus.*

De cualquier modo, el político, el publicista, todos los que tratan de buen ó mal grado de la cosa publica, no puede menospreciar en sus investigaciones un elemento tal como el elemento religioso, sin ser reos de torpeza. Quédese para el filósofo quilatar las ideas religiosas; al repúblico solo toca ver cómo se han de armonizar con la vida toda social, cómo han de entrar en las condiciones generales del derecho. Y en verdad, la religion está destinada á ser no un poder material, sino un poder moral; ideal no fuerza; quebrantadora, no forjadora de cadenas; juez de la conciencia, y no poder del Estado: que á moralizar, á purificar, á idealizar viene, y no á ser cortesana de los poderosos del mundo. Y este poder moral será mas grande, á medida que sacuda con mas fuerza de sus ethéreas alas el barro de la tierra; peso bastante grave, sino para cortar, para detener su vuelo. No cabe dudarlo. En nuestra civilizacion hay tendencias al egoismo, al placer, á la embriaguez de los sentidos. Es la accion natural contra un misticismo de diez siglos; reaccion que empezó en el Renacimiento, con el delirio del arte, y sigue en nuestro siglo con el delirio de la industria y de la ciencia. El hombre ha medido y pesado la tierra; ha descompuesto en sus primeros elementos el aire; ha encontrado en el inmenso laboratorio de la creacion gases impalpables como las ideas; ha hecho del vapor, despreciado de los antiguos por leve, una fuerza inmensa que compone y descompone la materia en las máquinas, y devora el espacio en su inquieta carrera; ha arrancado á los cielos el rayo, y despues de encadenarlo bajo sus plantas, le ha obligado á escribir con sus chispas de oro la palabra humana por todas las regiones; ha escudriñado los secretos de los astros, oido sus incomunicables armonías, anotado en las tablas la música de las esferas, alcanzado á esplicar la gravitacion universal; é igualmente ansioso de conocer lo pasado y lo porvenir, así ha abrazado los misterios de las creaciones anteriores en el fuego interno que deja sus señales por el granito, en los torrentes que, caidos de la atmósfera, esculpieron las montañas y estriaron los valles; como ha presentido las esperanzas de creaciones futuras en esas estrellas nebulosas, que se desvanecen, ethéreas olas de nuevos mares de la vida en los últimos confines del espacio. Y es natural que, embriagado en esta vida y orgulloso con estos milagros, no haya comprendido otra vida mejor, no se haya alzado á otros milagros mas portentosos, y encerrando en la cárcel de su cuer-

po tristemente, á guisa de antiguo y olvidado prisionero, el espíritu, como el sátiro de la leyenda se contenta con dormir en el lecho de la domada naturaleza. Contra esta tendencia, debe existir un poder moral. Hasta los filósofos mas materialista y positivos lo reconocen así. La escuela que ha llegado á una síntesis de todas las ciencias en odio á la metafísica; la escuela que no pronuncia la palabra «Dios» ni una sola vez; la escuela que vé en las estrellas, no la gloria cantada por el Profeta, sino la gloria de Newton y de Laplace, casi invoca un poder de esta naturaleza. ¿Seria posible, señor, que lo dejaran escapar de sus manos, por romántico amor á los gobiernos pasados, por serviles complacencias con los gobiernos presentes, los únicos que pueden gloriarse de tener aun el talisman de ese poder en las manos?

Pero es necesario no hacer de Cristo que por su sacrificio y por su muerte es un eterno ideal, un eterno ejemplar de la vida, no hacer de Cristo, cual suelen los neo-católicos, el cómplice de todas las tiranías. Los que tal hacen no conocen á Cristo. El Salvador, podia decir de ellos lo que decia Jehová de Israel: *Cognovit bos possesorem suum, et assinus praesepe domini sui et Israel non cognovit, et populus meus non intellexit.* Que traducido en perífrases y con aplicacion al caso presente, quiere decir: conoce el buey á su dueño, y el asno á su pesebre, y los neo-católicos no conocen á Cristo.» No lo conocen, no. Hace diez y nueve siglos que su palabla esta encerrada en la historia y aun no la han oido. Cuando holló la tierra temblaron los tiranos y se estremecieron de esperanza los esclavos. No puede, pues, sostener Cristo la tirania, cuando ha dicho: mi ley es de libertad. No puede sostener las castas, cuando ha dicho: entre vosotros el que quiera ser último, sea primero, y el quiera ser el primero, último. No puede sostener el verdugo que aun reina en nuestra sociedad quien probó con su muerte cuánto puede engañarse la justicia humana. No puede sancionar la desigualdad el que nos mostró un solo Padre en la tierra, un solo Dios en el cielo. No puede ser cómplice de los soberbios el que reunió bajo las alas de su amor á los humildes para inspirarles la conciencia de su espíritu. No puede mandar que nos postremos ante la corte de los tiranos, el que obligado á diez y nueve siglos á postrarse de hinojos ante la Cruz, el patíbulo del esclavo. No vino á matar sino á morir; no á castigar, sino á perdonar; no á esclavizar, sino á redimir. Y dicen los amigos de lo antiguo, los adoradores de toda tiranía, que los tiranos son imágen de Cristo. ¿Qué han he

cho para seguirle, para imitarle? Han convertido la corona que de cada una de sus espinas destilaba una gota de sangre en diadema de brillantes; la frágil caña de escarnio en espada para escarnecer y herir á los hombres: la hiel y vinagre en orgáistico vino; la caridad en guerra; la Cruz del martirio en escabel de ambiciones; en vez de resucitar muertos como Lázaro, han enterrado pueblos vivos como Polonia é Italia, han nombrado por su primer ministro al verdugo; y sembrando la desolacion y el terror, se han llamado ¡qué blasfemia! continuadores de aquel cuyo corazon solo latió para amar, cuyos lábios solo se abrieron para bendecir, cuyas manos taladradas por el clavo de la servidumbre, solo tocaron la tierra para romper todas las cadenas y exaltar á la igualidad religiosa todas las conciencias.

Yo sé muy bien que V. E. tan piadoso, rechazará con todas sus fuerzas, condenará con toda su autoridad, esta nueva manera de heregia que pretende fabricar despotismos y dictaduras, sobre la justa doctrina de Cristo, doctrina de libertad. Yo sé muy bien esto. Pero precisa hacer mas en la indiferencia por toda idea religiosa, que nos hiela hoy el alma; precisa que la Iglesia misma reclame la libertad para sí y la reclame, en prueba de su alto criterio de justicia, no solo en Polonia y en Inglaterra, sino en Italia y en España. Observad, señor, que no hay cimiento para fundar edificios duraderos como el cimiento de la libertad. Las varias formas históricas que han revestido la filosofía, la política, la ciencia, el arte en la sucesion de los siglos, en la dilatacion del espacio, han pasado, y lo que no ha pasado nunca, lo que no ha muerto todavía, es la libertad; porque la libertad ingénita á nuestra naturaleza, sublime característica de nuestro espíritu, solo tendrá su sepulcro donde lo tenga el hombre.

Pues bien, para practicar la libertad en su esfera, la Iglesia no debe ser en política ni dominadora, ni dominada; ni dueña del Estado, ni sierva; *nec regnum nec instrumentum regni*. Parece á primera vista que nunca podria ser tan libre como siendo reina, como apoderándose del poder civil en nombre del poder religioso, como consiguiendo que el cura fuese tambien alcalde, y el Obispo tambien gobernador, y el Arzobispo rey y el Papa rey de reyes, señor de tantos señores, jefe de esta gerárquica monarquía universal. Seria caer, señor, en la tentacion de Satanás. Cristo estaba en el desierto. Apercibia sus fuerzas para la última lucha, su espíritu para la última prueba. Satanás inten-

taba perderle, para que no salvara á los hombres. Y le llevó á una montaña, y le enseñó todos los reinos de la tierra, y se los prometió. Y Cristo menospreció tan frágiles dominios porque sabia que le restaba la conciencia humana, ese reino sin término y sin límites. Tened la fortaleza de Cristo. Los negocios mundanos perturbarian todo el ministerio religioso. Reprender, no castigar; servir, no mandar; socorrer al pobre, no gobernarlo; curar al enfermo: este es el ministerio del sacerdote, mas respetado á medida que es mas humilde, mas dueño de su autoridad espiritual á medida que es menos dueño de la fuerza. El ejemplo de lo triste, de lo engañosa que ha sido la dominacion temporal de los Papas en Roma, prueba cuán funesto es el gobierno material del mundo para quien tiene el gobierno moral del espíritu. Mientras el Papa fue solo sacerdote, el Papa fué solo mediador entre los pueblos y los príncipes. Sin corona real, el pontificado obligó á caer de rodillas á Teodosio, á retroceder á Atila, á custodiarle á Alarico. Pero desde el punto en que fué rey, fué esclavo. Mas Papas han muerto por violencia en el trono, durante los dias de su mayor poder político, que murieron en las catacumbas, durante los dias de su mayor afliccion religiosa. Enmedio del fuego de los Césares paganos y del hierro de los bárbaros, en la Roma enemiga, fueron mas respetados que en la Roma sierva. No hablemos de las infinitas luchas del siglo noveno. En el siglo décimo contamos trece Papas ó prisioneros, ó depuestos, y la mayor parte asesinados. En el siglo undécimo tres destronados, uno prisionero de los normandos, tres fugitivos, uno á punto de envenenarse en su mismo cáliz y en la misa. En el siglo décimo segundo, uno muerto peleando contra su mismo pueblo, otro prisionero de guerra y encadenado, otro perseguido y acosado, como una fiera, por Roger de Sicilia, otro conducido de cárcel en cárcel, de fortaleza en fortaleza hasta Francia, otro depuesto y errante, otro asediado en Benevento, otro espulsado de su sede y muerto de dolor en Verona. En el siglo décimo tercio, en el gran apogeo del pontificado, ocho papas mueren lejos de su silla, en las amarguras del destierro. El siglo décimo cuarto, es el siglo llamado del cautiverio de Babilonia. Ningun Papa es libre. Solo tienen paz en Roma cuando pierden su poder político sobre el mundo. Pero si Alejandro VI intenta inclinarse á Luis XII, recibirá insultos del Gran Capitan; si Clemente VII se conjura contra la política de Cárlos V, verá las huestes imperiales entrando á saco la Roma católica, destruyendo sus altares, asesinando los sacerdotes en los

templos; y si Paulo IV se opone á Felipe II en Toscana, oirá los clarines de las huestes del duque de Alba amenazándole á las puertas del Vaticano. El poder temporal es funesto para el sacerdocio. Así los padres de los primeros siglos lo rechazaron siempre. Ninguno de aquellos claros varones que llevaban en su mente la idea capital del dogma, y en su corazon la sed del martirio, comprendia un sacerdocio-césar, un sacerdocio-rey. «Cuando soy débil, decia San Pablo en la Epístola á los corintios, entonces soy fuerte.» «El ministro de Cristo, dice San Juan en su primera epístola, debe caminar por el mundo como caminára Cristo.» «Si Cristo rehusó ser rey, dice Tertuliano en su libro de idolatria, mostró clara mente á los suyos qué caso debian hacer del fausto, de la dominacion y demás dignidades humanas.» «El rey, dice el Crisóstomo, comentando unas palabras de San Pablo, impone su voluntad por el mandato y por la fuerza; el sacerdote por la persuasion y por la libertad. «Orígenes cita, en su epístola á los romanos para combatir todo dominio temporal de la Iglesia, las palabras de Cristo: «¿Quién me hizo juez para que decida entre vos y vuestro hermano?» Y San Ireneo añade (L. IV. X.): «En las Escrituras siempre á los príncipes, nunca á los sacerdotes, ordena Dios administrar justicia.» Nuestro grande Osio compilaba en una sola frase dirigida á Constancio, toda la teoría de la libertad de la Iglesia, tal como hoy la comprendemos: «Ni á nosotros toca usurpar el imperio de la tierra, ni á vos arrogaros poder alguno sobre las cosas santas.» «Los hombres del siglo decia Synesio, citado por Fleury, deben gobernar, nosotros orar.» San Hilario, citado por Philoteo en su libro del Papa, esclamaba: «Deploremos el error de nuestro tiempo, que cree que Dios necesita la proteccion de los hombres, y busca el poder del siglo para defender la Iglesia.» «Los príncipes y magistrados, dice San Cipriano en su tratado de *Unitate Ecclesiae*, enorgullézcanse de sus derechos á una dominacion terrestre y pasagera; la autoridad episcopal solo tiene su ministerio de Dios.» «¿Qué os parece mas digno, dice San Bernardo, perdonar los pecados ó dividir las herencias? Estos ínfimos ciudadanos atañen á los reyes y jueces de la tierra. ¿Por qué meter vuestra hoz en la agena míes?» Ya veis, Excmo. señor que, por sentir general de los Santos Padres, de los hombres que mas han hecho por la Iglesia, que mas la han servido, que mas la han elevado, el sacerdote debe levantarse sobre nuestras ambiciones, desdeñar el poder de un dia, apartarse de una dominacion que le ata á la tierra, y libre con su pensamiento, y

seguro de su palabra; modelo de piedad en ideas, de caridad en obras, ir, no á donde gozan los poderosos sino á donde padecen los humildes; curar con sus manos las llagas del cuerpo, y con sus ideas las llagas del alma; recoger las lágrimas y evaporarlas entre oraciones en la infinito; predicar la caridad al afortunado, el trabajo y la conformidad al desvalido; unir á todos en el regazo de la igualdad religiosa: y hasta cuando la vida acaba, y el mundo huye de los restos mortales que le apestan, orar á los piés del cadáver, para que se abra, el aquí finado, nueva vida allá en el cielo. Pero esto ni puede ni debe hacerlo, sino en nombre de su ministerio espiritual, con las armas de la persuasion, y en la santa libertad de la religion y de la fé, lejos de los poderes materiales y coercitivos del mundo.

Pero sino debe ser dominador, tampoco debe ser el sacerdocio dominado. Cuando esto sucede, los poderes mundanos tuercen á sus fines el misterioso poder de la idea religiosa, y la desnaturalizan. El consorcio del Estado y de la Iglesia, fué igualmente nocivo para ambos en la Edad Media. El imperio y el pontificado consumieron sus fuerzas en una lucha estéril. Y por fin, la Iglesia concluyó por ser esclava del Estado. El Pontífice Pascual II, lo preveia cuando en el tratado de Sutri renunciaba á los beneficios reales como ducados, marquesados, para atenerse á las obligaciones voluntarias de los fieles y recojer para sí esclusivamente las investiduras. Si este gran proyecto hubiera madurado, la Iglesia y el Estado se separan en el siglo décimo segundo, y se realiza el principio de la libertad, todavía no conseguido en nuestro mismo siglo. La oposicion de la córte de Roma al pensamiento del Papá segó en flor la libertad de la Iglesia. Querian los cardenales que el emperador renunciara á sus privilegios religiosos, sin renunciar ellos á sus privilegios políticos. Pedían la renuncia de la investidura por el Estado, y condenaban la abdicacion de los principados mundanos en la Iglesia. Y sucedió, que como toda grande injusticia tiene un grande castigo, á los pocos dias, aquellos hombres que habian malbaratado su libertad, y la santa libertad de la Iglesia, por la posesion de algunos terruños, fueron con el Papa presos por el emperador, atados con cuerdas, conducidos brutalmente entre las inclemencias de la naturaleza á la Sabinia, y allí, heridos y castigados como criminales. ¿Y qué sucedió? Que ni el Estado, ni la Iglesia triunfaron. Que se dividieron las investiduras; y el Papa daba la investidura religiosa, por la cruz y el anillo; y el emperador la investidura material, los bienes terrenos por el cetro; y el

ósculo de paz que se hubieran dado, en el seno de la libertad la Iglesia y el Estado, se convirtió en perdurable guerra, á cuyo término estaba la esclavitud de la Iglesia, envenenada por los miasmas del cadáver con quien se habia desposado. Así es que cada siglo registra la historia una humillacion del poder religioso ante el poder civil. En el siglo décimo-tercio, el predominio del derecho civil sobre el derecho canónico, de la Universidad sobre el monasterio. En el siglo décimo-cuarto, el cautiverio de Avignon y la espulsion de los templarios. En el siglo decimo-quinto, el Papa, reducido por Cárlos VIII y Luis XII y Fernando V, á uno de tantos príncipes como pululan por Italia. En el siglo décimo-sesto, la inquisicion de España, convertida en instrumento político por Cárlos V, á despecho de Leon X. En el siglo décimo-sétimo, la paz de Westphalia, hecha y sancionada contra los votos del Papa. En el siglo décimo-octavo, la espulsion de los jesuitas. En el siglo décimo-nono, las legaciones perdidas, las Marcas y la Umbría emancipadas, la voz de la Iglesia desoida en la reconstitucion de Italia, y el Papa, no guardado, sino prisionero en Roma de los soldados franceses. Ved, señor, ved confirmado por la historia cuanto ha perdido la Iglesia aliando su poder con el poder del Estado.

Y todo mal ha dimanado, Excmo. señor, todo el mal de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia, soberana del Estado, mata al Estado; y el Estado, soberano de la Iglesia, mata á la Iglesia. La teocracia es funesta; la autocracia funesta tambien. No me cansaré de rogar á V. E., que contemple la autocrática Bizancio, la teocrática Roma. Mire V. E. á Bizancio. Su ciencia es hinchada y vana como el orgullo. Astros se llaman sus doctores; signos del Zodiaco sus maestros. La patria de Homero no tiene un poeta; no oye un orador la tribuna de Demóstenes. Los sofistas se apoderan de la academia de Platon, como los bárbaros del Pireo. En los riscos, donde se sacrificara Leonidas, no se oye pronunciar ni la palabra «patria» ni la palabra «libertad. El cristianismo es en Bizancio, no la caridad, no el amor, sino triste asunto de ridículas disputas que no mejoran en un ápice las condiciones de la vida humana. La Iglesia griega, instrumento en manos de los emperadores, solo sirve para oprimir y degradar las conciencias. Los monarcas se pierden allá en una nube de incienso, y los sacerdotes son sus cortesanos. Por el trisagio morian en las calles de Constantinopla seis mil cristianos y ardian todos los hospitales con los en-

fermos dentro. La Iglesia era una oficina, y en aquella sociedad, sin resortes morales, el emperador era Dios, la córte serrallo, las academias mentideros, los concilios campos de batalla, los campos de batalla salones de cortesanas, el circo, con los azules, y los verdes, y los amarillos, única ocupacion de la aristocracia, hasta que viene á castigar tanta iniquidad y tanta miseria, la cimitarra de los turcos. Ved una sociedad donde la Iglesia es sierva del Estado, Excmo. señor, una sociedad sin resortes morales.

Pues bien, mirad ahora una sociedad sin resortes materiales, una sociedad entregada solo al sacerdocio, una sociedad, donde el Estado es siervo de la Iglesia, mirad la Roma teocrática. En Bizancio está perdido todo cuanto se refiere al espíritu y en Roma todo cuanto se refiere al gobierno y á la administracion. Esta gran ciudad, alzada sobre los restos del paganismo, sobre los despedazados templos y los ruinosos anfiteatros; coronada con aquellos monumentos, donde brillan las estátuas de Miguel Angel, y los frescos de Rafael, todas esas maravillas del arte que parecen unir el cielo con la tierra; centro de la unidad material del mundo moderno; visitada y bendecida por tantos peregrinos, yace en inmensa desolacion y tristeza: yermos los campos, salidos de sus cauces y pantanosos los rios, envenenados los aires; poblada de mendigos pálidos y harapientos; azotada por terribles enfermedades, que se levantan de la inmundicia de sus calles y de la putrefaccion de sus lagunas; cercada de barrios donde apenas hay dos escuelas para treinta mil almas; sin policia, sin limpieza; con un gobierno inmóvil y descuidado de los negocios de la tierra; con un derecho que semeja el caos; con la inquisicion, aunque dulcificada, aun viva; sin prensa ni tribuna; habrienta porque sus tributos, segun sentir de un cardenal, son peores que las plagas de Egipto; obligada á pedir prestado al sesenta por ciento al judio Rostchild; ceñida de una guarnicion estranjera que la trata como tierra de conquista; porque su gobierno es la teocracia, y la teocracia, segun decia el profundo Maquiavelo, ni sirve para gobernar, ni sirve para defender á los pueblos.

Huid, Excmo. señor, huid de estos dos males, de un gobierno autocrático, donde la moral no tenga fuerza, y de un gobierno teocrático donde no tengan fuerza la autoridad civil. El ideal es una Iglesia libre; el Papa comunicándose enteramente á su arbitrio con la Iglesa; las regalias abolidas; la jurisdiccion del Estado sobre el clero acabada; roto el pase; devuelta á la

Iglesia la autoridad para nombrar sin ninguna presentacion del poder civil sus obispos; la enseñanza libre, y por nadie inspeccionada; el púlpito independiente, y el sacerdote, al subir á él, dueño de censurar como mejor le plazca á los mismos gobiernos; permitidas las asociaciones religiosas, donde las almas místicas que, disgustadas del mundo y sus pasiones, suben al cielo en una contínua espasion, como el aroma de las flores, como el cántico de las aves, donde las almas místicas pudieran hallar un refugio; renovados los primitivos tiempos de la Iglesia, aquellos tiempos, en que se gobernaba como una gran democracia, y todos los fieles acudian á sus Asambléas á perderse en la efusion de santa fraternidad, y no habia mas que un solo espíritu, y en medio de las persecuciones, brillaba como el sol; y al desquiciarse una sociedad decrépita y culta, y venir otra robusta y bárbara, recogia los restos de la civilizacion muerta, y domaba los ímpetus de la civilizacion nueva; y juntaba las edades de la historia con su sagrada palabra, único soplo que vivificó al hombre, única fuerza que salvó al mundo.

Entended, señor, que la libertad en todas las esferas, y especialmente en la esfera religiosa, se estiende por toda Europa. ¿Creeis que España puede libertarse de la ley general de la vida? ¿En qué siglo, señor, en qué siglo nos hemos preservavado del movimiento general de Europa? La unidad del espíritu moderno se conoce en que los mismos fenómenos sociales aparecen á un tiempo en todas las naciones. Un gran escritor republicano, Ferrari, ha hecho de esto un profundo estudio en su Historia de la Razon de Estado. Y yo, con mis escasas fuerzas, y la necesidad de estudiar diariamente nuestra historia patria, he visto que jamás nos hemos preservados del espíritu general de Europa. Caimos, como todas las naciones en el siglo de la unidad material del mundo, bajo el yugo de Roma. Dimos, emperadores filósofos á la Ciudad Eterna en el siglo segundo, en que el estoicismo subia al trono de la tierra. Sentimos en el siglo tercero la reaccion general contra el mundo romano y el anhelo del Cristianismo. En el siglo cuarto tenemos, como el Imperio Nicea, nosotros Illiberis; como el imperio Athanasio, nosotros Osio. En el siglo quinto, si Alarico entra por las puertas de Roma, y Atila por el Rhin, Ataulfo por el Pirineo. Mas tarde, en el siglo sesto, siglo de la reconciliacion de los bárbaros con la Iglesia, tenemos en Recaredo nuestro Clodoveo. En el siglo sétimo sentimos con nuestros concilios de Toledo aspiraciones religiosas, como el Norte por medio de

las misiones espirituales de San Gregorio, y el Mediodia por la predicacion armada de Mahoma. En el siglo octavo tenemos, como Francia, Cárlos Martel, Pelayo; y entramos por la Marca hispánica en la gravitacion de las naciones de Carlo Magno, sol de este siglo, centro de sus esferas. En el siglo noveno tenemos nuestros Lotarios en Silo y Mauregato, y sentimos resonar la caida del imperio omniada en Córdoba, y el quebrantamiento del imperio carlovingio en Barcelona. En el siglo décimo, el terror general nos alcanza y nuestras crónicas cuentan que el diablo andaba sonando sus atambores por el campo de Calatañazor. En el siglo undécimo, todas las naciones se ofrecen como recien nacidas al Papa; Toscana, por medio de la condesa Matilde; Escocia, por medio de David I; Dinamarca, por medio de Canuto IV; Polonia por medio de Boleslao II; nosotros ofrecemos Portugal, por medio del conde Enrique, y Aragon, por medio de Ramiro I. En el siglo décimo-segundo, tenemos nuestras cruzadas en la guerra general contra los árabes, nuestro Godofredo de Bouillon en el Cid, ceñido ya por los resplandores de la leyenda. En el siglo décimo-tercio, el siglo del zenit del catolicismo, si Roma tiene Inocencio III, si Italia la Divina Comedia, si Alemania la catedral de Colonia, nosotros las Partidas; si Francia San Luis, nosotros D. Jaime y San Fernando. En el siglo décimo-cuarto, siglo en que comienza la duda, al lado de Bocaccio pondremos nuestro arciqreste de Hita, siglo en que comienza el terror á fundar la gran revolucion monárquica, al lado de Cárlos el Malo, y del fratricida Burgen, podemos ofrecer Pedro el Cruel en Castilla, Pedro el Terrible en Portugal, Pedro el del Puñalet en Aragon. En el siglo décimoquinto, cuando el mundo se cntrega delirante en brazos de la naturaleza, nosotros tenemos el viaje épico de los portugueses al Asia, el viaje mitológico de Colon á América. En el siglo décimo-sesto al lado de Francisco I, Cárlos V, al lado de Lutero y de Calvino Casalla, y Constantino; al lado del terror de Cárlos IX, el terror de Felipe II. En el siglo décimo-séptimo si Francia protestó contra la ciencia de la Edad Media por Descartes, nosotros protestamos contra el arte por Cervantes; si la monarquia descendió desde los brillantes primeros dias de Luis XIV á los dias de Mdme. Maintenon; desde Enrique VIII al caldalso de Cárlos I; aqui descendió hasta Cárlos II. En el siglo décimo-octavo tuvimos nuestro Pombal y Choiseul, en Aranda y Campomanes, nuestro José II en Cárlos III, nuestro Voltaire en Feijóo, todos los anuncios de la revolucion. ¿Creeis que vais á li-

bertaros ahora de una idea que es general, de una ley que se estiende desde Rusia hasta Roma, desde Roma hasta París? Podreis sentirlo, pero no podreis evitarlo. Aperciba, pues, V. E. al clero, instruyéndolo para este momento. El clero necesita de una grande educacion en este sentido. Aun es tiempo de no divorciar, de no separarar la religion y la libertad. Mas para esto pronunciad, señor, la palabra, que todo lo resuelve, defended la idea que todo lo ilumina, dad el grito de libertad de la Iglesia. Unid, como nuestros padres en Covadonga, la palabra Dios con la palabra libertad; Dios que iluminará la conciencia, libertad que salvará la sociedad.

Haré para despedirme en mi futura última carta algunas reflexiones sobre la libertad y el cristianismo.

Queda de V. E. con todo respeto y veneracion este vuestro afectísimo. que os saluda y os desea toda suerte de bendiciones.

CARTA SESTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Acabo hoy mis largas cartas y creo haber hecho esfuerzos para prestar un servicio á la libertad y al cristianismo. En estos dias de Semana Santa vuestro ministerio religioso os habrá obligado naturalmente, señor, á contemplar la pasion de Cristo. Y V. E. habrá recordado que Pilatos, delegado de César representa la autoridad del Estado; y Anás y Caifás la intolerancia de una religion moribunda; y Cristo, el redentor, el hombre todo paz, todo dulzura, la víctima de un Estado despótico, de una religion intolerante como si hubiera querido con su ejemplar muerte herir de un golpe los dos despotismo que han degradado á la humanidad, el despotismo político y el despotismo religioso, ahogándolos para siempre en la conciencia humana con la sangre que ha destilado la Cruz. Yo, señor, recuerdo ahora con religioso enternecimiento emociones de la infancia, que no olvidaré nunca. Aunque quisiera, no podria olvidarlas, á la manera que no podria olvidar la mirada de mi madre, que llevo como un sol, en el centro de mi conciencia. Acudia yo de niño á los Oficios de Semana Santa, que se celebran en la Iglesia del pueblo donde me he criado. La desolacion del templo en el Viernes Santo, me llenada de terror. Las lámparas apagadas, los altares desnudos, el santuario abierto y abandonado, el negro velo estendido sobre el templo como las tinieblas sobre el Calvario, los trinos de Jeremias, llenando de plañidos y de lamentaciones los aires, me hacian estremecer de espanto, y sentia en mi alma un pavor religioso, como si el abismo insondable de la eterni-

dad se abriera bajo mis plantas. Pero sobre todo, cuando oia entonar al celebrante una oracion por los paganos, otra por los hereges, otra por los mismos judíos que habian crucificado al Salvador, involuntariamente mis rodillas temblaban, y caia de hinojos sobre el pavimento, sintiendo ya en mi corazon de niño que nunca la religion es tan divina como al predicar la fraternidad de todos los hombres, la caridad entre todas las razas, dulces sentimientos, ideas dulcísimas que, al estenderse y difundirse por la sociedad, harian de la tierra un compendio del Universo, de cada hombre un destello de la humanidad, y de toda la humanidad un reflejo de Dios. Comprended, señor, qué desencanto, que tristeza tan grande y tan profunda sentiria yo mas tarde cuando estudié las páginas de esa historia, y vi que en nombre de esa religion, que intercede en el dia de sus tristezas y de su desolacion por sus impios perseguidores, se han realizado la guerra de los albigenses, las degollaciones de la noche de San Bartolomé, la inmolacion de los valdenses en la nieve de los Alpes, el esterminio de los indios en las selvas de América, las dragonadas, en las cuales se vieron morir inocentes niños sobre el pecho de sus madres, los autos de fé de España, que reproducian despues de quince siglos de cristianismo, las abominaciones del circo y las hogueras de los Césares.

Yo sé que todo esto ha provenido del conturbenio nefando entre el poder espiritual de la iglesia y el poder coercitivo y material del Estado. Por eso la democracia, que es el gran resultado político y social de todas las ciencias, así filesóficas como económicas, propone á este problema una grande y verdadera solucion: la solucion de la libertad. Yo creo haber convencido á V. E. á quien muchos pudieran creer interesado en conservar privilegios absurdos, de que no hay ni puede haber vida para todas las instituciones fuera de la atmósfera de la libertad. Pues lo que hemos hecho con la libertad de la Iglesia, se podria hacer con todas las libertades; convencer de su virtud á los mismos privilegiados. Sí, podriamos convencer á los maestros de que les daña el privilegio de la enseñanza; á los fabricantes de que les dañan los aranceles crecidos y las prohibiciones mercantiles; á los electores de que el censo anula toda su influencia; á los publicistas que ejercen un privilegio escepcional, en virtud de leyes bárbaras de que el depósito les quita toda importancia; á los magistrados de que no puede haber justicia verdaderamente protectora de los pueblos sin el jurado; como hemos convencido á muchos sacerdotes, y de ello po-

demos gloriamos, sí, los hemos convencido de que no tendrán ni independencia, ni elevacion, mientras no alcancen la libertad de la Iglesia.

¡Ah! Señor. Instad oportuna é importunamente á todas horas, con todas vuestras fuerzas; instad un dia y otro con aquella perseverancia de que nos habla San Pablo, por la causa de la libertad de la Iglesia. Sobre este punto no creeré nunca haber insistido bastante. Es provechosa la libertad para el Estado, es provechosa la libertad para la Iglesia. ¿De que le sirven al Estado esas regalías tan renombradas y adquiridas á costa de grandes usurpaciones sobre la jurisdicion eclesiástica? De procurarle á cada instante un conflicto. Lo hay ciertamente, y grande, cuando el Estado presenta un obispo y el Papa no lo confirma; lo hay cuando los obispos piden la prohibicion de un libro y el Estado no accede, lo hay en la cuestion de la enseñanza, en que es dañosa para el Estado la competencia de los seminarios, y para los seminarios la competencia del Estado; lo hay en el influjo que el clero, como poder político, quiere egercer en un pueblo, donde por los privilegios que tiene, y por la paga que recibe, viene á ser uno de los muchos empleados del gobierno; conflictos de jurisdicion, de disciplina, de atribuciones, de derechos, conflictos de que el Estado se veria libre, así que renunciase á sus regalias, nacidas de la ambicion con que la monarquía absoluta intentó sobreponerse á todos los poderes. Pues hay conflictos mayores aun para la Iglesia á cada paso en su actual servidumbre. El Estado, en realidad, nombra los obispos cuando debia nombrarlos la Iglesia. El Estado niega el pase, á su arbitrio, á las bulas del Papa. El Estado interviene en la disciplina. El Estado prohibe que se le hostilice, que se le imputen sus faltas desde el púlpito. El Estado se opone á que se cumplan madamientos de la Iglesia. El Estado se apodera de sus bienes. El Estado ejerce una accion perturbadora en su vida. El Estado impide que se celebren esos grandes concilios nacionales y aun provinciales, donde la Iglesia, hoy muchas veces inmóvil, encontraria el esplendor que da la controversia, la fuerza que dá la asociacion. El Estado prohibe las órdenes monásticas que ofrecian asilo á esas almas piadosas, á esos carácteres místicos dotados de la inspiracion del sentimiento de lo infinito, de la poesía que se manifiesta por aspiraciones vagas á lo eterno, á lo absoluto; carácteres que buscan la soledad, el retiro, para vivir en paz, para exhalar sus ideas, para entregarse al casto amor de su ideal como el ruiseñor bus-

ca lo mas escondido y umbroso del follaje para fabricar su nido y exhalar su cántico. Y á cambio de todos estos impedimentos, de todas estas prohibiciones, el Estado hoy no puede ofrecer ningun auxilio á la Iglesia. Un canonista eminente dijo hace pocos dias en el Senado, con motivo del tema de una comun legalidad para los partidos, que hasta la libertad religiosa cabe en la legislacion vigente, porque no hay establecida pena en el código para los que disienten de la religion del Estado. Prescindiendo de esto, el gobierno, en un sistema constitucional, nada puede hacer para obligar á los ciudadanos á cumplir sus deberes religiosos. ¿Se aplican las antiguas leyes á los hereges? ¿Ha visto V. E. en todo lo que va de sistema constitucional que se hayan aplicado? ¿Puede el Estado castigar á los que no acudan al tribunal de la penitencia, á los que no oigan misa? ¿Puede el Estado conseguir que la prensa, en su actividad febril, se someta, para tratar cuestiones religiosas, á la censura del ordinario escrita en las leyes, no cumplida en la práctica? ¿No vemos que, merced á esto, una prensa procáz, llamada prensa neo-católica, donde se reunen algunos legos ignorantes de toda religion, y autores de artículos impíos, y algun que otro fraile atrabiliario, usurpa el ministerio episcopal y, sin sujetarse á ninguna censura eclesiástica, sustituye con sus artículos, las pastorales de los obispos? ¿No se le niega hoy mismo á la Iglesia hasta el derecho de arrojar fuera de sus cementerios á los que han muerto fuera de su gremio? Pues si el Estado hace mucho en su daño, y nada en su favor, ¿por qué no renunciar á su funesta proteccion? No será, señor, no lo creo, no puedo creerlo, por el mezquino auxilio material. Eso sería volver á vender á Cristo por los treinta dineros de Judas.

En su estado presente se anula de todo punto la Iglesia para ejercer la influencia espiritual que, en nombre de sus leyes morales, debe ejercer sobre las leyes políticas. Las ideas religiosas trascienden á la sociedad. Es cristiana la abolicion de la esclavitud. Es propio del cristianismo oponerse á que continúe el gran crímen de las sociedades paganas, oponerse á que se niegue al negro la igualdad religiosa. Es propio del cristianismo pedir que sea destruido el cadalso, que sea desarmado el verdugo. Diga lo que quiera ese Calígula teórico, llamado De Maistre. Cristo al morir, abolió la pena de muerte, porque es horrible una pena, que no solo puede herir á un inocente, sino á un Redentor. Con que mostrára este grande engaño no mas, la justicia humana quedaria desautorizada eternamente para

aplicar la irreparable pena de muerte. ¿Qué grande no será vuestro ministerio, infundiendo estas ideas religiosas en el seno de la sociedad? Pues bien, Excmo. señor, mientras esteis maniatado, mientras seais un dependiente del gobierno, renunciad á llevar la influencia y la virtud del Evangelio á las leyes. El Estado os pondrá una mordaza. Por esto el verdadero espíritu religioso no ha sido cortesano, sino enemigo de los poderes del mundo. Los profetas del antiguo testamento eran los tribunos que oponian su veto religioso á las demasías de los reyes. Solo así pudieron anunciar que caeria Babilonia con sus dioses de oro y sus esfinges de mármol; que Ninive se veria cubierta como un sudario por las arenas del desierto; que Tiro, la ciudad de los navegantes, se hundiria en los mares, y seria olvidada como la piedra caida en los abismos; que pasaria Alejandro á manera de la aparicion de un sueño por Oriente, dejando trás sí diseminados sus dioses, no pudiendo turbar la severidad del santuario, con el cántico voluptuoso de las sirenas griegas; y que en el dia de las abominaciones paganas de los reyes, Jerusalen seria destruida, derrocado su santuario, diseminadas por las calles las piedras de sus altares, y mientras, el jaramago y la ortiga crecerian tristemente sobre sus ruinas, los príncipes y sus hijos irian á llorar, en las márgenes de estranjero rio las desventuras causadas por su tiranía á la señora de las gentes, desolada y viuda. El Apocalipsis de la tiranía no puede ser escrito sino desde el Patmos de la independencia. La Iglesia sin poder, la Iglesia perseguida, atribulada, encerrada en el seno do aquellas catacumbas, sobre cuyas bóvedas oia resonar los pasos de los perseguidores, y el ruido de las orgías, y en cuyo suelo yacian amontonados los huesos de los mártires, escribió serena, sobre las losas funerarias, en aquellas encrucijadas de sepúlcros, cubiertas de tinieblas, la sentencia apocalíptica que anatemanizaba á la nueva Babilonia, ébria con la sangre de los mártires; y, desde los cuatros puntos del horizonte, vinieron, como ángeles esterminadores, los bárbaros á cumplir aquella sentencia, aventando las cenizas de Roma; mientras los mártires cantaban el inmortal *hosanna*, que henchia lo infinito y anunciaba al Universo el triunfo sagrado de la libertad de la Iglesia. Y para esto, valdrá mas siempre el pobre apóstol, vestido de sayal, asentado á la puerta de los palacios, como un juez, que el príncipe eclesiástico vestido de púrpura, cargado de oro, asentado á la mesa de los festines del César, como un cortesano.

Menos daño hicieron los Césares paganos á la Iglesia, persiguiéndola, que los Césares católicos esplotándola. Apena ver cómo han pasado y huido fugazmente los tiempos en que la Iglesia vivia en libertad, y protestaba por medio de sus obispos y por la universalidad del sacerdocio contra la tiranía de los Césares, contra las violencias de los señores feudales. Desde que el Estado la domina, ha perdido, hablando en la esfera puramente política, aquella tenacidad con que condenaba toda tiranía. Los que se dicen sus mas ardientes defensores en la prensa, publican un dia y otro, con triste insistencia, la tésis de que progreso y cristianismo, libertad y cristianismo son verdaderamente incompatibles. Hace pocas noches leí, en el mas antiguo y acreditado de los periódicos religiosos, que no concebia como pudieran llamarse á un mismo tiempo ciertos hombres liberales y cristianos. La firme conviccion de este antagonismo entre la libertad y la Iglesia, ha petrificado al clero, lo ha reducido á ser considerado por la sociedad presente no como guia, sino como enemigo. El clero ha perdido todo el don político, como el esclavo pierde en las cadenas la conciencia de su derecho. Se fundan las Universidades, y se fundan contra su ciencia. Vienen las monarquías absolutas, creadoras de las nacionalidades modernas, y vienen contra su poder. Sigue su curso la gran corriente de las ideas del renacimiento, y rompe el valladar con que la limitara el clero. Sucede el hecho de la paz de Westphalia, que sella el libro de las guerras religiosas, y sobre aquel tratado tan humano cae el anatema del clero. Se desata la revolucion que despierta á las naciones, que emancipa á los siervos, que escribe los derechos naturales; y el clero no descubre, en esta fulguracion del espíritu moderno, el esplendor de la idea cristiana. Se alza de su sepulcro la hija predilecta de la Iglesia. la que la llevara en su seno como la Vírgen llevó á Jesus, Italia; y se alza, ¡pobre mártir herida por el hierro de los cruátos! bajo las maldiciones del Papa. Se emancipa Bélgica del yugo protestante, consuma una revolucion en nombre de todas las libertades, y muy especialmente de la libertad de la Iglesia católica, y á los pocos dias su constitucion y su revolucion son repudiadas por Gregorio XVI. La mayoría del clero, miradlo bien señor, la mayoría del clero español, parece en medio de nosotros como estranjeros á todas nuestras ideas políticas. Durante la guerra civil, siguió las banderas de D. Cárlos. Ahora con esposiciones contra la enseñanza, pretende conseguir por la intriga lo que no á consiguió

por las armas. Cree que el dia en que le falte la proteccion del Estado vá á perecer, como cree el esclavo que vá á parecer el dia en que le falte el techo y el látigo del amo. Y como sabe que, sea cualquiera su trabajo, ha de ser siempre igual la recompensa, no desciende á esta gran liza de las controversias modernas, no entrevee que, si ha de seguir el movimiento religioso del siglo; si ha de pelear con las escuelas exegéticas que Strasburgo y Gotinga, arrojan todos los dias sobre Europa, necesita estudiar desde las piedras que el aluvion arrastra por el fondo de los valles, donde está escrita la historia del planeta, hasta las palabras escapadas de los lábios de los pueblos antiguos, donde está escrita la historia del hombre. Y para creer hasta tocar con la frente á la altura del siglo, necesita arrojar, como si le quemara las manos, la soldada del gobierno, y recojer en el alma con avaricia los tesoros de la libertad.

Yo insisto en creer que las ideas sociales modernas, estas ideas democráticas tan perseguidas y anatematizas, se contienen virtualmente en el Evangelio, como la espiga en el grano de trigo; como la encina en la bellota. Yo insisto en creer que estas tres palabras de libertad, igualdad y fraternidad, á cuyos acentos los pueblos deliran de entusiasmo; que esta idea de la dignidad humana; que este sentimiento de una personalidad superior á la muerte; que esta consustancialidad del espíritu de todos los pueblos con el espíritu humano; que este derecho de la conciencia á comunicarse con su Dios; que todas estas bases fundamentales de la moderna civilizacion, de la democracia moderna, han sido primeramente formuladas, en su carácter religioso, por el sublime fundador del cristianismo, y por el coro de mártires que se levanta entre el sepulcro de Roma y la cuna de las naciones modernas. La antiguedad solo concebia el Estado como regulador supremo de la vida. Platon y Aristóteles, que forman la grande antinomia del espíritu, se juntan en la idea de la omnipotencia del Estado. En Grecia y Roma cambian las formas políticas, pasan las teocracias, pasan las monarquias patriarcales, pasan las aristocracias, pasan las repúblicas democráticas, pasan los Alejandros y los Césares, y queda siempre la omnipotencia del Estado. ¿Quereis, escelentísimo señor, que el Estado regule la idea religiosa, como regulaban los colegios de los augures, las respuestas de los oráculos en la antigüedad? Pues siento decíroslo, estais en pleno paganismo. No, no podeis quererlo, porque, sacerdote cristiano, sabeis que nada hay tan contrario á la Iglesia como la omnipo-

tencia del Estado. Miradlo por vuestros mismos ojos, y encontrareis, de esta verdad, testimonio en todos los espacios de la tierra, en toda la prolongacion de los tiempos. Ved la historia. Los Faraones azotan á los infelices hijos de Abraham, y los obligan á estar cociendo, con la cadena al pié y la argolla al cuello, los ladrillos para sus palacios. Los Faraones son el Estado. Nabucodonosor obliga á todos los pueblos del Asia á ir en peregrinacion á adorar su estátua de oro, y aroja al horno de Babilonia á los tres niños que no quisieron cometer tan abominable idolatría. Nabucodonosor es el Estado. Anito acusa al justo Sócrates, que, muere en Atenas, con la sonrisa en los lábios, con los ojos en el cielo, departiendo de la inmortalidad del alma entre sus amigos, y dejando con su muerte, la vida de la conciencia humana. Anito es el Estado. Neron quema en los jardines de su palacio á unos pobres magos, adoradores de un hombre muerto en Judea, y mientras aquellos infelices cubiertos de resina y pez arden, y sus gemidos pueblan los espacios, y su sangre cae hirviendo sobre la arena; el emperador vuelve del Circo ú del Teatro, en su carro de marfil, tañendo la cítara, imaginándose un Dios. Pues bien, Neron es el Estado. Aparece en una ventana del Louvre, en noche siniestra Cárlos IX, y cuando muchos infelices huyen de las matanzas consumadas por una soldadesca ébria de fanatismo y de vino, dispara su arcabuz á los perseguidos. Cárlos IX es el Estado. Manda Enrique VIII, por satisfacer su concupiscencia que un pueblo cambie de culto, y cambia de culto. Pues bien: Enrique VIII es el Estado. Se ve en la plaza de Madrid un balcon que brilla, una hoguera que arde, varios infelices con coraza, que se tuestan dentro de la hoguera, dando alaridos horribles, nobles que atizan el fuego: y Cárlos II, pálido, trémulo, desmayado, viendo aquella fiesta pagana, hecatombe de carne humana, ofrecida al Dios de las misericordias. Pues Cárlos II es el Estado. Muere Servet en las hogueras de Ginebra, despues de haberse visto en su calabozo comido de insectos, respirando el aire infestado con las emanaciones de su propio escremento, muere á manos de Calvino en las llamas. Pues bien: Calvino representa allí el Estado. Y sobre todo, miremos este último ejemplo con recogimiento. El cielo de Jerusalen está oscuro; tiembla la tierra; en la cruz, patíbulo del esclavo, se estiende el cuerpo de un hombre, cuyo crímen ha sido ofrecer un reino celeste á la virtud, fortalecer á los que padecen, consolar á los que lloran, predicar la libertad, la igualdad, la caridad á los hombres; y Pilatos,

para escarnio, lo ha coronado de espinas, y lo ha llamado rey; y sus soldados han amargado su agonía con hiel, y los que pasaban por el camino, ¡ved si hay dolor igual á su dolor! le han dicho que hiciera el milagro de arrancarse de su suplicio, y muere lanzando un gemido, á cuyo eco se conmueven las piedras, mas compasivas que el corazon de los tiranos. Pues bien: Pilatos, y los jueces, y los soldados, son el Estado. Mirad, señor, lo que hacen, miradlo bien; los que predican la intolerancia, absuelven á los Faraones, á Nabucodonosor, á Anito, á Neron, á Enrique VIII, á Calvino, á Cárlos X, á Pilatos; y condenan á todos los mártires, á Sócrates; á los misioneros, que desafian la inclemencia de la naturaleza para llevar la verdad evangélica por toda la tierra; á los pobres hijos de Polonia, que mueren sobre la patria esclava, con el cántico de la Iglesia en los lábios; á Jesus, sobre todo, víctima eterna del despotismo de un Estado injusto, y de la intolerancia de un culto moribundo.

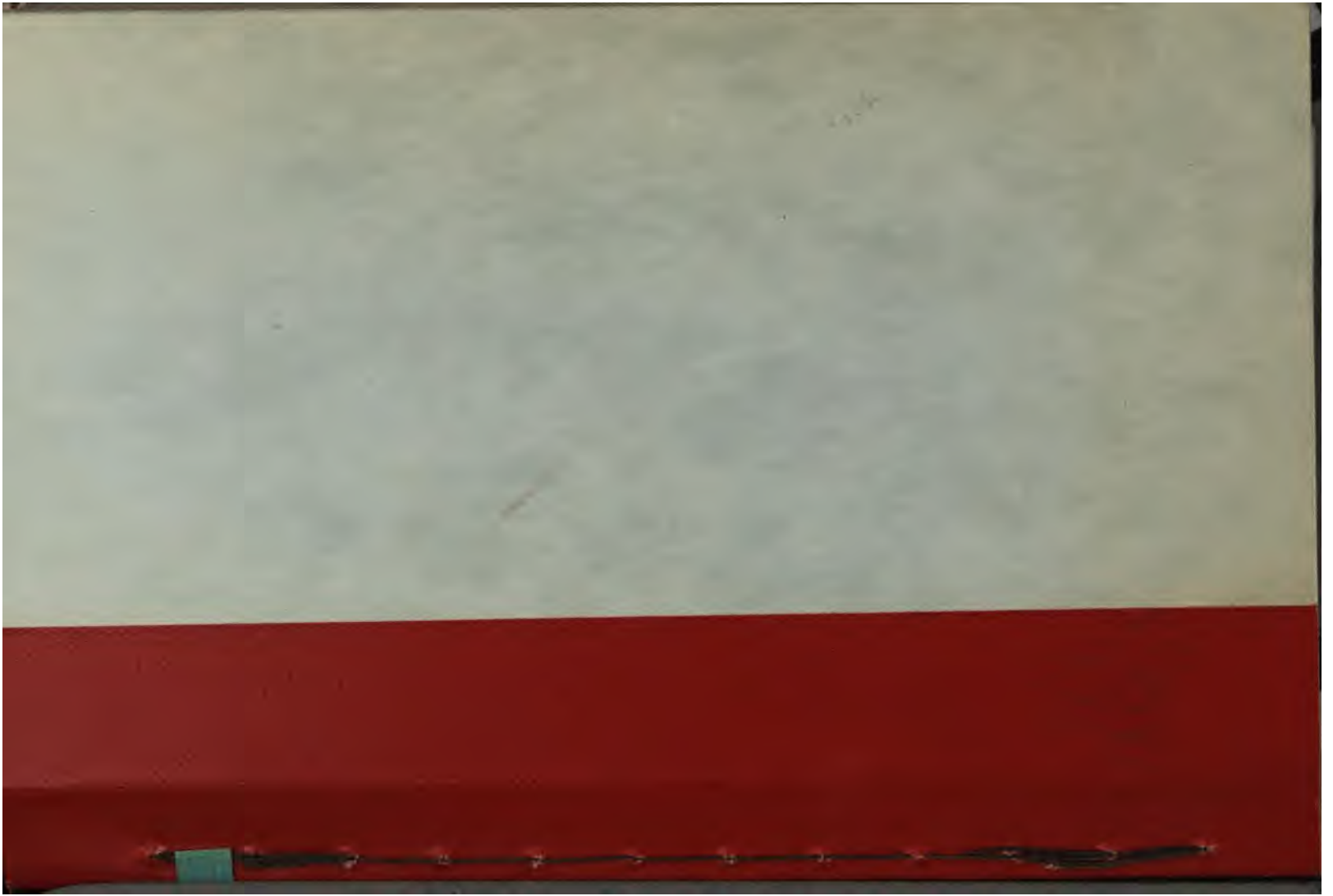
Cristo, señor, ha predicado la tolerancia. Como era el hombre del pueblo, el hombre sencillo de la naturaleza, el ingenuo hijo de Dios, esplicaba estas verdades en paráboias. Así le escuchaban estáticos desde los ancianos hasta los niños, desde los jovenes hasta las mujeres, todo el mundo, como se oye el ruido de un arroyuelo, ó el cantico de un ave. El cielo, decia, es semejante á un hombre que ha sembrado buen trigo en su campo. Mas en tanto que los jornaleros dormian, llegóse un malévolo, sembró cizaña entre el trigo y se fué. Creció el trigo y la cizaña tambien. Y los servidores del dueño de aquel campo le dijeron: «Señor, ¿no habeis sembrado buena simiente? ¿cómo nace cizaña?» Y les contestó: la sembró un enemigo mio. ¿Quéreis que la arranquemos? No en verdad, contestó no sea que, por arrancar la cizaña, arranqueis tambien el trigo.» Ved señor, esplicada aquí sencillamente la tolerancia en la tierra. En el dia de la cosecha, es decir, en el dia de la muerte ya juzgará Dios á los buenos y á los malos; ya separará el segador el trigo de la cizaña. Mientras tanto, señor, si os incitan á pedir persecuciones y castigos, contestad lo que contestó Cristo, cuando sus dos discípulos, Juan y Santiago, le pidieron que lloviera fuego del cielo sobre Samaria, porque no habia querido darles posada, al pasar fatigados los tres hácia Jerusalen: «No conoceis, decia Cristo, el espíritu que os anima. El hijo del hombre no ha venido á perder las almas sino á salvarlas!»

No juzguemos por nuestro pais todos los paises, Excmo. señor; no creamos ¡pobres infusorios! que la gota de agua, donde

vivimos, sea todo el universo. La unidad religiosa no se ha conseguido todavía en la tierra. Aun los dioses índicos murmuran en las orillas del Ganges, y el carro de Brahama rompe con sus ruedas las cabezas de los devotos; aun se levanta en los templos de la China, la diosa en cuyas tetas cree la vulgar preocupacion que se amamanta la naturaleza; aun suena el atambor mágico en las llanuras de Tartaria, y vuelan como murciélagos las brujas que, para ir á Roma, evocaba Atila; aun el negro del interior de Africa inmola al espíritu de sus padres cuyos lamentos cree oir en el simoun víctimas humanas: aun quizá el Abisinio deletrea como un libro sagrado los geroglíficos que encuentra en las ruinas cubiertas de arena; aun desde la helada Laponia, hasta las selvas de los trópicos, se estienden mil religiones; y en la misma Europa se levantan, por todas partes, las sinagogas, donde los judíos aguardan al Mesías; en las orillas del Guadalquivir ó del Rhin las dos grandes catedrales góticas que representan en sus agudas agujas la aspiracion de la Edad Media á lo infinito; en el Bósforo sobre la Santa Sofía de Constantino, la media luna, y las inscripciones del Koran; en el Norte los templos monstruosos teñidos de los colores del iris, y coronados con cimborrios dorados que representan el cisma griegos y en Roma á la vista del panteon de todos los dioses, no lejos del despedazado anfiteatro, sobre los restos mutilados del paganismo, el templo de todos los católicos, donde Rafael unió en el ideal de sus Vírgenes las dos edades de la historia, las dos fases del espíritu, el mundo pagano y el mundo cristiano, donde Miguel Angel unió, con las piedras milagrosamente alzadas á lo infinito en la cúpula maravillosa la tierra con el cielo. ¿No cabria, Excmo. Sr., tratar una paz entre los pueblos del mundo semejante á la paz de Westfalia, que trataron los pueblos de Europa? Aun cabria esperar que, merced al telégrafo, á la navegacion; al vapor, rotas las murallas de la China, esplorado el interior del Africa, convertidos en instrumentos de trabajo los instrumentos de guerra, asegurada la libertad de los misioneros por los esfuerzos de todas las naciones, respetados los derechos de la conciencia humana, se evangelizára toda la tierra se cumpliera el ideal sublime de la fraternidad de todas las razas en el seno de un mismo derecho, y de todos, los espíritus en el seno de un mismo Dios.

Será tal vez, una utopia, pero es una utopia generosísima, santa, que lo porvenir realizará, porque la idea se graba en la realidad, como la marca en la cera. Yo veo los prodigios de la

industria, dando nervios á la tierra con los hilos telegráficos, y llevando las sensaciones de un pueblo á todos los pueblos. Yo veo los prodigios del arte, uniendo en coro inmenso todas las razas que entonarán cánticos diversos, pero cuyos ecos formarán una cadencia unísona en el cielo. Yo veo los prodigios de la ciencia, demostrando cada dia mas, que nuestro cuerpo debe ser al compendio del planeta, y nuestra alma el reflejo de la humanidad. Yo veo el trabajador redimido, el esclavo emancipado, la guerra concluida, cada nacion en su independencia, cada personalidad en su derecho, cada Iglesia en su autonomía, la democracia universal reinando como la fórmula sagrada de la civilizacion; y el alma del hombre enrojeciéndose y avivándose cada dia mas en el espíritu de Dios.

Señor, señor. ¿Quien sabe el destino que le está reservado en la historia futura á la nacion española? Siempre ha sido una nacion civilizadora, una nacion redentora. En el siglo décimo-tercio, su pluma escribió el ideal de los gobiernos, su espada derribó á los enemigos de la civilizacion. En el siglo décimo-quinto, su arrojo dobló la tierra, descubrió la América. En el siglo décimo-sesto, hundió la media luna en las aguas de Lepanto. En el siglo pasado tendió su mano á la libertad de América y protestó contra la crucifixion de Polonia. En nuestro mismo siglo enseñó al mundo á vencer á los conquistadores con sublimes sacrificios. ¿Quién sabe el destino que le está reservado en la marcha de la civilizacion universal? Si quereis, señor, que la Iglesia contribuya á esta obra, procurad con todos vuestros hermanos, que no se esclavice, que no se una á los poderes moribundos, que no proteste contra la libertad de los hombres, contra la resurreccion de los pueblos; que aplique los principios de libertad, igualdad y fraternidad á las sociedades modernas; y entonces será la hora de la emancipacion verdadera de la Iglesia, de su armonía con el espíritu del siglo; y se oirá un hosanna, como aquel que oia San Juan cuando, sobre las ruinas de la impura Babilonia, veia levantarse la Jerusalen celeste, de jaspe y de cristal, á cuyos piés corre tranquilo y trasparente, como en el Paraiso, el rio de la vida; y sobre todo, el Eterno Ser, en cuya presencia los espíritus puros, batiendo sus alas de luz, y pulsando sus arpas de oro, entonan un cánticoinmenso, cuyos ecos llenan de alegria el Universo y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconcilicion de las criaturas con su amoroso Creador.

Vuestro siempre, señor.